SAGRADA BIBLIA

Nehemías

Libro completo

«El *gozo del Señor es nuestra fortaleza*»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 5

Antes de empezar 8

Veinticuatro palabras hebreas 16

El libro de Nehemías en la liturgia 18

1 La noticia de Jerusalén y la oración de Nehemías 20

2 El copero ante el rey; la inspección nocturna 28

3 Los constructores, puerta por puerta 34

4 Burlas, amenazas y la espada al lado 45

5 El clamor de los pobres..... 53

6 Trampas, falsos profetas y la muralla terminada..... 62

7 La ciudad vacía y la lista de los que volvieron 67

8 Esdras lee la Ley 78

9 La gran oración penitencial 86

10 La alianza firmada..... 97

11 Los que se quedan a vivir en Jerusalén 106

12 Sacerdotes y levitas; la dedicación de la muralla.....112

13 La segunda misión: el templo, el sábado y los matrimonios 124

PARA PROFUNDIZAR

1 El copero del rey: oración y acción en la vida de un laico 24

3 Puerta por puerta: la muralla, la ciudad y la Iglesia 41

4 Con una mano en la obra: los adversarios y la oración del que vigila 49

5 «Nuestra carne es como la de nuestros hermanos»: deudas, usura y justicia..... 58

7 La ciudad vacía y el libro de los nombres 74

8 Esdras lee la Ley: el pueblo, la Palabra y la liturgia 82

9 Confesar la historia: la gran oración penitencial de Nehemías 9..... 94

10 La alianza firmada: compromisos concretos.....103

12 La dedicación de la muralla: una ciudad que canta 119

13 «Acuérdate de mí, Dios mío»: las reformas de Nehemías 131

CUADROS

1 El calendario de Nehemías 23

2 Sanbalat, Tobías y Guesem..... 32

3 Las puertas de la muralla 40

5 Préstamos, prendas y esclavos: la Ley y Nehemías 5..... 57

7 Esdras 2 y Nehemías 7: una lista copiada dos veces 73

8 De la puerta de las Aguas al ambón..... 82

9 La historia de la salvación en la oración de Nehemías 9 93

10 Lo que firmaron y lo que pasó después 102
12 La procesión sobre la muralla 118
12 Los sumos sacerdotes después del destierro 119
13 Las oraciones breves de Nehemías 130
Repaso 135
Notas personales 140
Sobre esta edición 141

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Neh 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como el calendario de Nehemías, los adversarios de la muralla, las puertas de Jerusalén, la lista de Esdras 2 y Nehemías 7, de la puerta de las Aguas al ambón, la historia de la salvación en la oración de Nehemías 9, los sumos sacerdotes después del destierro o las oraciones breves de Nehemías. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

Las memorias del gobernador que reconstruyó la muralla

El libro de Nehemías es el decimosexto de la Biblia. Lleva el nombre de su protagonista, *Nejemyá*, «el Señor consuela», un judío de la diáspora que servía como copero del rey de Persia. En la Biblia hebrea y en los primeros siglos cristianos, Esdras y Nehemías eran un solo libro: san Jerónimo dice que «Esdras y Nehemías, es decir, el auxiliador y el consolador del Señor, están unidos en un solo libro» (*Carta* 53,8). Más tarde las Biblias griegas y latinas los dividieron, y la Vulgata llamó a este «segundo de Esdras», como el concilio de Trento («el segundo de Esdras, que se llama Nehemías») y Torres Amat: «Libro de Nehemías, llamado comúnmente II de Esdras». Esta edición lo llama Nehemías. Sobre la formación de la obra entera, sus fuentes y la época persa, ver «Antes de empezar» en Esdras.

El libro de Esdras había contado la vuelta de los desterrados, la reconstrucción del templo y la misión de Esdras. Nehemías empieza en Susa, una de las residencias de los reyes persas, el año vigésimo de Artajerjes I, es decir, hacia el 445 a. C. Unos judíos llegados de Jerusalén cuentan a Nehemías que la ciudad sigue sin muralla y con las puertas quemadas. Él llora, ayuna y ora; cuatro meses después

se atreve a pedir al rey permiso para reconstruirla, y lo obtiene. En Jerusalén inspecciona de noche los muros en ruinas, reparte el trabajo entre familias, sacerdotes y gremios, y en cincuenta y dos días, entre burlas, amenazas y trampas de sus enemigos, termina la muralla (6,15). Después vienen las tareas más difíciles: poblar una ciudad vacía, escuchar la Ley, pedir perdón, comprometerse por escrito y corregir los abusos que reaparecen cuando el gobernador se ausenta.

LA MURALLA	
1	La noticia de Jerusalén y la oración de Nehemías en Susa
2	Ante el rey; la inspección nocturna de los muros
3	Los constructores, puerta por puerta
4	Burlas y amenazas: trabajar con la espada al lado
5	El clamor de los pobres; un gobernador que no cobra
6	Trampas y falsos profetas; la muralla terminada
7	La ciudad vacía y la lista de los que volvieron

8	Esdras lee la Ley; la fiesta de las Tiendas
9	El ayuno y la gran oración penitencial
10	La alianza firmada y sus compromisos
11	Los que se quedan a vivir en Jerusalén
12	Sacerdotes y levitas; la dedicación de la muralla
13	La segunda misión: el templo, el sábado y los matrimonios

Quién lo escribió

Buena parte del libro habla en primera persona: es la voz del mismo Nehemías (1,1 – 7,5; buena parte de 12,27-43; 13,4-31), que cuenta lo que hizo y lo pone una y otra vez delante de Dios: «Acuérdate de mí, oh Dios mío, para hacerme bien» (5,19; 13,31). Los estudiosos llaman a estos capítulos las «memorias de Nehemías» y piensan que él mismo las escribió, probablemente después de su segunda misión en Jerusalén, que empezó algún tiempo después del 433 a. C. (13,6-7). Un compilador las unió después a otros materiales contados en tercera persona, como la lectura de la Ley y la oración de los capítulos 8 a 10, y a listas de familias, sacerdotes y levitas. Algunas de esas listas llegan hasta el sumo sacerdote Jeddoa (12,11.22), que según Flavio Josefo vivía en tiempos de Alejandro Magno; por eso mu-

chos sitúan la redacción final hacia el final de la época persa o el comienzo de la griega, en el siglo IV a. C. Torres Amat ya lo advertía en su introducción: quien lea con atención el capítulo 12 «no mirará como inverosímil la opinión de que esté escrito por otro autor; el cual copió las Memorias o Diario que dejó escrito Nehemías». También se discute si Esdras llegó a Jerusalén antes o después de Nehemías; el libro de Esdras lo explica.

La fecha del 445 a. C. está bien asentada. Entre los papiros arameos de la colonia judía de Elefantina, en Egipto, hay una carta del año 407 a. C. que menciona a los hijos de Sanbalat, gobernador de Samaría, el adversario de Nehemías; ya en 1911 el biblista católico Albin van Hoonacker, de Lovaina, la usaba para confirmar que el rey de Nehemías es Artajerjes I. La Comisión Bíblica recuerda que los libros históricos de la Biblia no son una crónica en el sentido moderno, sino el testimonio de la fidelidad de Dios en la historia de su pueblo (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 70; *Dei Verbum*, nn. 11-12).

Cómo leerlo

Nehemías no es profeta ni sacerdote: es un laico, un alto funcionario de un rey pagano, que reza y trabaja, organiza, negocia y se enfrenta a los poderosos. Dios no le habla; actúa, como él mismo dice, por «la benéfica mano de mi

Dios» (2,8.18), que se vale de un rey extranjero, de la prudencia de un hombre y del esfuerzo de muchos. Su libro enseña a unir la oración y la acción: ora antes de hablar al rey (2,4) y pone centinelas mientras ora (4,9). El Catecismo cuenta su súplica entre las grandes oraciones del Antiguo Testamento (n. 2585), y recuerda, citando el capítulo 13, que el sábado es «un día de protesta contra las servidumbres del trabajo y el culto al dinero» (n. 2172).

El centro del libro es el capítulo 8. Todo el pueblo, hombres, mujeres y cuantos tenían edad para entender, se reúne ante la puerta de las Aguas «como un solo hombre», dice el hebreo; Esdras abre el libro sobre una tribuna de madera, el pueblo se pone en pie, responde «Amén», escucha la lectura explicada, llora y celebra. El papa Francisco, al instituir en 2019 el Domingo de la Palabra de Dios, comentó esta escena: la Biblia «es el libro del pueblo del Señor que al escucharlo pasa de la dispersión y la división a la unidad» (*Aperuit illis*, n. 4). La liturgia de la Palabra de la Iglesia hereda la lectura de la sinagoga (Catecismo, nn. 1093 y 1096), y Jesús mismo leyó y explicó la Escritura en Nazaret (Lc 4,16-21), el evangelio que la Iglesia proclama junto a Nehemías 8 el tercer domingo del tiempo ordinario del ciclo C.

Para un cristiano, la ciudad reconstruida es figura de la Iglesia, edificada con «piedras vivas» (1 Pe 2,5) y destinada

a la Jerusalén nueva de las doce puertas (Ap 21,12-14). Torres Amat recoge en su introducción la lectura de san Jerónimo y de otros Padres, que veían en Nehemías «una hermosa figura de Cristo», enviado a consolar a los afligidos de Sion (Is 61,2-3); y Jerónimo advertía que en estas listas de familias y de torres «hay un sentido en la superficie y otro debajo» (*Carta* 53,8). El Eclesiástico lo cuenta entre los grandes de Israel como el que levantó las murallas derruidas y reedificó las casas (Eclo 49,13), y el segundo libro de los Macabeos le atribuye una biblioteca de libros sagrados (2 Mac 2,13), en la que la Comisión Bíblica ve un comienzo de la formación del canon (2014, n. 60). El Nuevo Testamento no lo cita expresamente.

Hay páginas duras. Nehemías pide a Dios que no perdone a sus enemigos (4,4-5) y que se acuerde de sus obras para castigarlas (6,14; 13,29); expulsa de la asamblea a los extranjeros (13,1-3), manda azotar y mesar los cabellos a algunos de los que se habían casado con mujeres extranjeras (13,25) y aleja a un nieto del sumo sacerdote (13,28). La Comisión Bíblica reconoce en el judaísmo de después del destierro una tensión entre tendencias más cerradas, como la de Esdras y Nehemías, que preservaron la identidad del pueblo, y otras más abiertas y universales, como las de Rut, Jonás y Tobías (2014, n. 110); la Biblia conserva las dos voces. Las notas explican estas páginas en su contexto y a

la luz de la «divina pedagogía» de la que habla el Catecismo (n. 122), y de Cristo, que derribó «el muro de separación» entre los pueblos (Ef 2,14).

Sobre esta traducción

En este libro la transcripción no tiene nada en mayúsculas; pero la edición de 1824 imprime aparte, en versalitas, al final de 7,69, la frase «Hasta aquí se ha referido lo que se hallaba escrito en el Libro del Censo: de aquí en adelante sigue la historia de Nehemías». No es texto bíblico, sino una nota del traductor latino que pasó a la Vulgata, y Torres Amat lo advierte: no está «en el texto hebreo, ni en el griego, ni aun en varios manuscritos de la Vulgata». Explica las palabras raras con glosas unidas por «o», como «Palabras o sucesos de Nehemías» (1,1), «escriba o doctor» (8,1) o «tabernáculos o cabañas» (8,15); en 11,17 llama a la oración del templo «oración u oficio divino», y en 8,9 y 10,1 traduce el título persa de Nehemías, «Atersata», por «copero», aunque los estudiosos lo entienden como un título de gobernador. En 1824 imprimió en cursiva sus añadidos a la Vulgata, como la puerta del Valle «de Cedrón» (2,13) o la esclavitud «de Egipto» de 9,17, que tomó de la traducción griega. Suya es también una expresión que hoy sorprende: los padres echaron la ley de Dios «al trenzado» (9,26), es decir, al olvido: el diccionario de la Academia de 1822 defi-

ne «echar al trenzado» como olvidar un encargo y no hacer nada por cumplirlo.

La numeración es la de la Vulgata, salvo en dos pasajes de los capítulos 3 y 12 en que la transcripción divide como el hebreo; las Biblias que siguen el hebreo, como la Neovulgata, cambian además los capítulos 4, 7, 9 y 10 (en el final del 7, la Neovulgata no sigue al hebreo), como explica el colofón. La transcripción digital había perdido o cambiado palabras y cifras: decía que los mil diecisiete hijos de Arem eran «levitas» (7,42), había perdido a los «cantores y cantoras» de 7,67 y al levita Jamín de 8,7, y convertía al Dios «de larga espera» de 9,17 en un Dios «de larga»; esos pasajes se han restituido según la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro, como la oración y la acción de un laico en la corte, la ciudad y sus puertas, los adversarios de la muralla, la justicia con los pobres, la lectura de la Ley y la liturgia de la Palabra, la gran oración penitencial, la alianza firmada, la dedicación de la muralla o el «acuérdate de mí» de Nehemías. Todos aparecen en el índice.

Veinticuatro palabras hebreas

Las palabras clave del libro de Nehemías en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

נְחֶמְיָה	**Nejemyá** · Nehemías, «el Señor consuela» 1,1
מַשְׁקֶה	**mashqé** · copero, el que sirve el vino al rey: un cargo de confianza 1,11
פַּרְדֵּס	**pardés** · parque, bosque real; palabra persa de la que viene «paraíso» 2,8
יַד אֱלֹהַי הַטּוֹבָה	**yad Elohay ha-tová** · «la mano bondadosa de mi Dios»; Torres Amat, «la benéfica mano de Dios» 2,8.18
סַנְבַלַּט	**Sanbalat** · Sanaballat; nombre babilonio, «el dios Sin ha dado vida» 2,10; 4,1
טוֹבִיָּה	**Toviyyá** · Tobías, «el Señor es bueno»: un amonita con un nombre que invoca al Dios de Israel 2,10; 13,4
חוֹמָה	**jomá** · muralla 1,3; 2,17; 6,15
נְתִינִים	**netinim** · natineos, «los dados»: servidores del templo 3,26; 7,47; 11,21
מַשָּׂא	**masá** · préstamo con prenda; Torres Amat, «usura» 5,7.10
זָכְרָה־לִּי אֱלֹהַי לְטוֹבָה	**zojrá-li Elohay le-tová** · «acuérdate de mí, Dios mío, para bien»: el estribillo de Nehemías 5,19; 13,31
תִּרְשָׁתָא	**tirshatá** · título persa del gobernador; Torres Amat escribe «Atersata», con la glosa «esto es, Nehemías» en 7,65 y «o copero» en 8,9 y 10,1 7,65; 8,9; 10,1

אוּרִים וְתֻמִּים	**urim ve-tummim** · las suertes sagradas del sumo sacerdote; Torres Amat, «docto y perfecto» 7,65
סֵפֶר תּוֹרַת מֹשֶׁה	**séfer torat Moshé** · el libro de la ley de Moisés 8,1
מִגְדַּל־עֵץ	**migdal-ets** · «torre de madera», la tribuna de Esdras 8,4
מְפֹרָשׁ	**meforash** · con claridad, explicado; según el Talmud, traducido al arameo 8,8
חֶדְוַת יהוה מָעֻזְּכֶם	**jedvat YHWH maúzzejem** · «el gozo del Señor es vuestra fortaleza» 8,10
סֻכּוֹת	**sukkot** · tiendas, cabañas; la fiesta de las Tiendas 8,14-17
עֲצֶרֶת	**atséret** · asamblea solemne del octavo día; Vulgata y Torres Amat, «colecta» 8,18
אֱלוֹהַּ סְלִיחוֹת	**Eloah selijot** · «Dios de los perdones»; Torres Amat, «Dios propicio» 9,17
אֱמָנָה	**amaná** · compromiso firme, pacto escrito; Torres Amat, «alianza o fidelidad» 9,38
מַעֲשֵׂר	**maasér** · diezmo 10,37; 13,12
עִיר הַקֹּדֶשׁ	**ir ha-qódesh** · la ciudad santa 11,1.18
חֲנֻכַּ ה	**janukká** · dedicación, inauguración; el nombre de la fiesta judía de Janucá 12,27
יְהוּדִית	**yehudit** · la lengua de Judá; Torres Amat, «judío» 13,24

El libro de Nehemías en la liturgia

La Iglesia lee poco este libro en la misa, pero vuelve una y otra vez a su capítulo 8, la gran lectura pública de la Ley, cuando quiere hablar de la Palabra de Dios proclamada en la asamblea.

Misa y ritos

Celebración	Lectura
3.er domingo del tiempo ordinario, ciclo C, que desde 2019 es también el Domingo de la Palabra de Dios	Neh 8,2-4a.5-6.8-10 (Esdras lee la Ley), con el Salmo 19 (18 en Torres Amat) y Lc 1,1-4; 4,14-21 (Jesús en la sinagoga de Nazaret)
Miércoles de la 26.ª semana del tiempo ordinario, años impares	Neh 2,1-8 (el copero ante el rey), con el Salmo 137 (136), «Junto a los ríos de Babilonia», y Lc 9,57-62
Jueves de la 26.ª semana del tiempo ordinario, años impares	Neh 8,1-4a.5-6.7b-12, con el Salmo 19 y Lc 10,1-12
Misa de la dedicación de una iglesia	Neh 8,2-4a.5-6.8-10, la lectura del Antiguo Testamento prevista, con el Salmo 19
Institución de lectores	Neh 8,2-4a.5-6.8-10, entre las lecturas del Antiguo Testamento que se pueden elegir

En los documentos de la Iglesia y en el Oficio

Dónde	Qué dice
Francisco, *Aperuit illis* (2019), nn. 3-4	Dedica a la Palabra de Dios el 3.er domingo del tiempo ordinario y comenta Neh 8: la Biblia «pertenece, en primer lugar, al pueblo convocado para escucharla»
Benedicto XVI, *Verbum Domini* (2010), n. 115	La traducción de la Biblia comenzó cuando «se tradujo oralmente el texto hebreo de la Biblia en arameo (Ne 8,8.12)»
Catecismo, n. 2585	La oración de Nehemías (1,4-11), entre los textos de oración del Antiguo Testamento
Catecismo, n. 2172	El sábado, «día de protesta contra las servidumbres del trabajo y el culto al dinero» (cf. 13,15-22)
Liturgia de las Horas	No tiene cánticos de este libro; el ciclo anual del oficio de lectura pasa de Ageo, Zacarías y Malaquías a Ester sin leer a Esdras ni a Nehemías

Las referencias del Leccionario siguen la numeración hebrea, que en los capítulos 2 y 8 coincide con la de esta edición.

1

La noticia de Jerusalén y la oración de Nehemías

El libro empieza como unas memorias, en primera persona. En Susa, una de las residencias de los reyes persas, un alto funcionario judío recibe noticias de Jerusalén: los que volvieron del destierro viven en la miseria, y la ciudad sigue sin muralla y con las puertas quemadas. El capítulo tiene dos partes: la noticia y el llanto (vv. 1-4) y la oración (vv. 5-11), que es su corazón: invocación, confesión de los pecados, memoria de la promesa hecha a Moisés y una petición concreta para «hoy». Solo al final sabemos quién reza: el copero del rey. La reconstrucción de Jerusalén empieza de rodillas.

Malas noticias en Susa

1 Palabras o sucesos de Nehemías [1], hijo de Helcías [2]. El
año vigésimo, el mes de Casleu [3], me hallaba yo con el rey
en el alcázar de Susa [4]. 2 Y llegó Hanani, uno de mis
hermanos [5], con otros varones de Judá; y les pregunté por
los judíos que habían quedado, y vivían después del cauti-
verio, y acerca de la ciudad de Jerusalén. 3 A lo que me res-
pondieron: Los que quedaron del cautiverio, y fueron de-
jados allí en la provincia, viven en gran aflicción y opro-
bio; y los muros de Jerusalén están aún por tierra [6], y sus

puertas consumidas por las llamas. 4 Al oír yo semejantes
palabras, me senté, y comencé a lamentarme [7], y lloré du-
rante muchos días, ayunaba y hacía oración en presencia
del Dios del cielo [8],

La oración del copero

5 y decía: Te suplico, Señor Dios del cielo, el fuerte, grande
y terrible, que guardas el pacto y la misericordia [9] con
aquellos que te aman y observan tus mandamientos.
6 Escúchenme tus oídos, y ábranse hacia mí tus ojos, y oye
la oración que yo, siervo tuyo, estoy haciendo en tu pre-
sencia de noche y de día por los hijos de Israel, tus siervos,
confesando los pecados de los hijos de Israel, con que te
han ofendido; yo y la casa de mi padre hemos pecado [10].
7 La vanidad de los ídolos nos sedujo [11], y no hemos obser-
vado tus mandamientos, y ceremonias, y preceptos, que
diste a Moisés, tu siervo.

8 Acuérdate de la palabra que diste a Moisés [12], siervo
tuyo, diciendo: Cuando seáis infieles, yo os dispersaré en-
tre las gentes; 9 mas si os convertís a mí, y observáis mis
preceptos, y los practicáis; aunque hubiereis sido trans-
portados al cabo del mundo [13], de allí os reuniré y os vol-
veré a traer al lugar que escogí para que sea en él invocado
mi Nombre. 10 Ellos, Señor, son tus siervos y pueblo tuyo, a
quien redimiste con tu gran poder y robusto brazo [14]. 11 Te
ruego, Señor, que prestes atención a la oración de tu sier-

vo y a las súplicas de tus siervos; los cuales están resueltos a temer y venerar tu Nombre; y dirige hoy a tu siervo, y haz que halle misericordia en los ojos de este varón insigne [15]. Era yo el copero del rey [16].

¿Sabías que?

Entre 1884 y 1886, los arqueólogos franceses Marcel y Jane Dieulafoy excavaron en Susa el palacio de Darío I y llevaron a París grandes paneles de ladrillos vidriados de colores. El más famoso, el «friso de los arqueros», muestra una fila de guardias persas con lanza, arco y aljaba, vestidos con túnicas bordadas; hoy está en el Museo del Louvre. Así eran los palacios por los que se movía Nehemías. En la Susa actual, Shush, en Irán, se venera además una tumba tradicional del profeta Daniel, que según su libro tuvo una visión «en Susa, la ciudadela» (Dn 8,2).

El calendario de Nehemías

Fecha	Cita	Qué pasa
539-538 a. C.	Esd 1,1-4	Ciro toma Babilonia y permite volver a los desterrados
515	Esd 6,15	Se termina el templo reconstruido
465	—	Artajerjes I sube al trono de Persia
446, Casleu	1,1-3	Noviembre-diciembre: Hanani trae a Susa noticias de Jerusalén
445, Nisán	2,1-8	Marzo-abril: el copero habla al rey y obtiene su permiso
445	2,11-16	Llegada a Jerusalén; la inspección nocturna
445, Elul	6,15	Día 25 (agosto-septiembre): la muralla, terminada en 52 días
Mes séptimo	8,2.14; 9,1	Tisri (septiembre-octubre): lectura de la Ley, fiesta de las Tiendas, ayuno
445–433	5,14	Doce años de gobierno de Nehemías
433	13,6	Vuelve a la corte, el año 32 de Artajerjes
Después	13,6-7	Segunda misión en Jerusalén
424	—	Muere Artajerjes I
407	cf. 12,22	Carta de Elefantina: los hijos de Sanbalat; el sumo sacerdote Johanán

Las fechas suponen que el rey de Nehemías es Artajerjes I, como piensa la mayoría. Los meses llevan los nombres babilónicos usados después del destierro (Est 3,7; Zac 1,7). Casleu y Nisán caen en el mismo «año vigésimo» si Nehemías contaba los años de otoño a otoño. El texto no dice el año de la lectura de la Ley; probablemente fue el mismo de la muralla.

PARA PROFUNDIZAR

El copero del rey: oración y acción en la vida de un laico

Nehemías no es profeta ni sacerdote. Dios no le habla en visiones ni le encarga un oráculo, y el libro ni siquiera cuenta cómo llegó a la corte. Es un laico, un judío de la diáspora con un cargo de confianza junto a un rey pagano, como antes José en Egipto (Gn 41), Daniel en Babilonia (Dn 1–6) o Ester y Mardoqueo en la misma Susa. Su historia muestra que servir a Dios no exige salir del mundo: el copero sigue sirviendo el vino a Artajerjes mientras su corazón está en Jerusalén, y será precisamente su oficio el que le abra la puerta. El concilio Vaticano II lo dijo de todos los laicos: su vocación propia es «buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios» (*Lumen gentium* 31; Catecismo, n. 898).

Todo empieza con una oración (1,5-11), que el Catecismo cuenta entre las grandes súplicas del Antiguo Testamento (n. 2585). Tiene la estructura de las oraciones penitenciales de la época, como las de Esdras (Esd 9) y de Daniel (Dn 9). Primero, la invocación, con palabras del Deuteronomio y de la oración de Salomón: el Dios «fuerte, grande y terrible, que guardas el pacto y la misericordia». Después, la confesión, en la que Nehemías no se pone aparte: «yo y la casa de mi padre hemos pecado» (1,6). Luego, la memoria de la promesa: Dios dijo a Moisés que dispersaría a su pueblo si era infiel, pero que lo reuniría si volvía a él (Dt 30,1-4). Y al final, una petición concreta, con fecha: «dirige hoy a tu siervo, y haz que halle misericordia en los ojos de este varón» (1,11).

Es una oración que sabe a quién habla, se reconoce pecadora, se apoya en la palabra de Dios y pide lo que necesita.

Entre esa oración y la audiencia con el rey pasan cuatro meses, de Casleu a Nisán (1,1; 2,1). Nehemías no fuerza las cosas: reza y espera su hora. Y cuando la hora llega, ante la pregunta del rey, «¿Qué es lo que pretendes?», cabe todavía una oración de un instante: «encomendándome al Dios del cielo, respondí al rey» (2,4-5). Es lo que la tradición llamará oración jaculatoria, una flecha lanzada al cielo en medio de la actividad. El Catecismo recuerda el mandato de «orar constantemente» (1 Tes 5,17) y cita a Orígenes: «Ora continuamente el que une la oración a las obras y las obras a la oración» (nn. 2742 y 2745). La larga oración de Susa y la breve oración ante el rey son las dos caras de una misma vida.

La fe de Nehemías va acompañada de una prudencia notable. Ante el rey no habla de murallas, sino de «la ciudad, lugar de los sepulcros de mis padres» (2,3), un motivo que cualquiera respetaba, en una corte que conocía la fama de «ciudad rebelde» de Jerusalén (Esd 4,12-16). Pide cartas para los gobernadores, madera para las puertas y escolta (2,7-9), mientras que Esdras se avergonzó de pedir soldados al rey y prefirió confiar solo en la protección de Dios (Esd 8,22): dos estilos distintos, los dos creyentes. Al llegar, inspecciona de noche y no revela sus planes hasta tenerlos claros (2,12-16). Y cuando la obra sale adelante, no se atribuye el mérito: todo ocurrió «porque estaba a mi favor la benéfica mano de mi Dios» (2,8.18). Dios no le habla, pero guía su historia a tra-

vés de la decisión de un rey extranjero, porque el corazón del rey está en la mano del Señor (Prov 21,1).

Torres Amat ve en Nehemías un «verdadero Consolador de su pueblo, como denota su mismo nombre», y recoge en su introducción la lectura de san Jerónimo y de otros Padres, que veían en él una figura de Cristo, enviado a consolar a los afligidos de Sión (Is 61,2-3); Jerónimo mismo llama a Nehemías «el consolador» del Señor (*Carta* 53,8). Pero el libro no hace de él un santo de vitral: tiene carácter, se enfrenta a los poderosos y, una y otra vez, pone su vida ante Dios con una oración breve: «Acuérdate de mí, oh Dios mío, para hacerme bien» (5,19; ver «Para profundizar» al final del capítulo 13). Rezar y trabajar, esperar y decidir, confiar en Dios y pedir cartas al rey: en esa unión está la lección de este laico. Las fechas de su historia están en el cuadro de este capítulo.

PAUSA

1. Nehemías lloró, ayunó y oró antes de hacer nada. ¿Qué noticia o qué herida de tu comunidad necesitas llevar primero a la oración?
2. «Yo y la casa de mi padre hemos pecado»: ¿te cuesta incluirte cuando hablas de los males de tu familia, de tu parroquia o de tu país?
3. Nehemías sirvió a Dios en su trabajo de cada día, en la corte de un rey pagano. ¿Cómo puedes servirle en el lugar donde trabajas?

Para orar. *Señor, Dios del cielo, que guardas tu alianza y tu misericordia, enséñame a orar antes de actuar y a actuar después de orar.*

2

El copero ante el rey; la inspección nocturna

Cuatro meses después de la noticia, el copero deja ver su tristeza ante el rey. El capítulo tiene tres partes: la audiencia en Susa, con una oración relámpago entre la pregunta del rey y la respuesta (vv. 1-8); el viaje, la primera aparición de los adversarios y la inspección secreta de los muros, de noche (vv. 9-16); y la llamada a reconstruir, a la que el pueblo responde con entusiasmo y los vecinos con burlas (vv. 17-20). Dos expresiones dan la clave: «la benéfica mano de mi Dios», que guía la historia sin prodigios, y la respuesta de todos: «Ea, vamos y emprendamos la obra».

El copero ante el rey

1 Sucedió, pues, el mes de Nisán, el año vigésimo del reinado de Artajerjes [1], que traído el vino delante del rey, tomé
yo la copa, y se la serví; mas estaba yo triste en su
presencia [2]. 2 Y me dijo el rey: ¿Por qué está melancólico
tu semblante, no estando como no estás enfermo? No es
esto sin motivo; tú maquinas alguna cosa mala en tu
corazón [3]. Se apoderó entonces de mí un temor grande,
3 y respondí al rey: Oh rey, sea tu vida eterna, ¿cómo no ha
de estar melancólico mi semblante cuando la ciudad, lugar de los sepulcros de mis padres [4], está desierta, y consumidas sus puertas por las llamas?

4 Y me dijo el rey: ¿Qué es lo que pretendes? Y yo, encomendándome al Dios del cielo [5], 5 respondí al rey: Si el rey lo tiene a bien, y si tu siervo ha hallado la gracia en tus ojos, envíame a Judea, a la ciudad en donde está el sepulcro de mi padre, y yo la reedificaré. 6 A lo que me dijeron el rey y la reina, la cual estaba sentada a su lado [6]: ¿En cuánto tiempo harás tu viaje y podrás volver? Le dije el tiempo; y mostró el rey alegrarse, y me dio licencia.

7 Mas yo dije al rey: Si es del agrado del rey, déme cartas para los gobernadores del país del otro lado del río [7], para que me concedan paso hasta llegar a Judea; 8 y también otra carta para Asaf, guarda de los reales bosques [8], a fin de que me suministre maderas para construir las puertas de la torre del templo [9], y los muros de la ciudad, y la casa en que habré de habitar. Me lo otorgó el rey, porque estaba a mi favor la benéfica mano de Dios [10].

De Susa a Jerusalén

9 Con eso llegué a los gobernadores del territorio de la otra parte del río, y les di las cartas del rey. Había el rey enviado conmigo oficiales de guerra y gente de a caballo [11]. 10 Luego que lo supieron Sanaballat horonita, y Tobías amonita, criado del rey [12], tuvieron grandísimo pesar de que hubiese llegado un hombre que procurase la prosperidad de los hijos de Israel [13].

11 Llegué, en fin, a Jerusalén, donde descansé tres días; 12 y
me levanté de noche con algunos pocos hombres, sin de-
clarar a nadie lo que Dios me había inspirado hacer en
Jerusalén [14]; no llevaba conmigo otra caballería, fuera de
la que yo montaba. 13 Salí, pues, de noche por la puerta del
valle de Cedrón [15], y por delante de la fuente del
Dragón [16], y hacia la puerta del Estercolero, y contempla-
ba la muralla de Jerusalén arruinada, y sus puertas consu-
midas de las llamas. 14 De allí pasé a la puerta de la fuente
de Siloé [17] y al acueducto del rey; y ya no había camino
por donde pudiese pasar la caballería en que iba. 15 Y sien-
do todavía de noche, subí por el torrente, y registraba el
muro, y dando la vuelta llegué otra vez a la puerta del va-
lle, y me volví a mi casa. 16 Entretanto los magistrados no
sabían adónde había ido yo, ni lo que yo hacía; y hasta en-
tonces nada había yo declarado a los judíos, ni a los sacer-
dotes, ni a los magnates, ni a los magistrados [18], ni a los
demás destinados para cuidar de las obras.

«Ea, vamos y emprendamos la obra»

17 Les dije, pues: Bien veis el lastimoso estado en que nos
hallamos; Jerusalén está desierta, y sus puertas hechas ce-
nizas; venid y reedificaremos los muros de Jerusalén, y no
vivamos más en estado de tanta ignominia. 18 Al mismo
tiempo les hice ver cómo estaba a favor mío la benéfica
mano de mi Dios, y les referí las palabras que el rey me ha-

bía dicho, y concluí: Ea, vamos y emprendamos la obra [19]. Con esto ellos cobraron vigor para ponerla en ejecución.

[19] Enterados Sanaballat horonita, y Tobías amonita, criado del rey, y Gosem el árabe [20], nos silbaron y escarnecieron, diciendo: ¿Qué es esto que hacéis? ¿Os queréis acaso rebelar contra el rey? [20] Pero yo les respondí y dije: El Dios del cielo es quien nos ayuda; nosotros somos sus siervos, e iremos adelante, y proseguiremos la obra; pues vosotros no tenéis parte, ni derecho, ni se os nombra para nada en Jerusalén [21].

¿Sabías que?

En el Museo Gregoriano Egipcio de los Museos Vaticanos hay una estatua conocida desde el siglo XVII como el «Naoforo Vaticano»: un hombre que sostiene una pequeña capilla con la imagen del dios Osiris. Es Udjahorresnet, médico jefe, tesorero y almirante egipcio, que pasó al servicio de los reyes persas cuando Egipto se convirtió en una satrapía, unos ochenta años antes de Nehemías. En la inscripción de su túnica presenta a los reyes aqueménidas como respetuosos de las tradiciones egipcias, y cuenta, según la lectura de los egiptólogos, que logró que Cambises honrara el templo de la diosa Neit en Sais y que Darío I lo enviara de vuelta a Egipto para restaurar la «Casa de la Vida», la escuela de los escribas. Como Nehemías, un servidor de la corte persa que obtuvo del rey permiso para restaurar en su tierra lo que estaba en ruinas.

Sanbalat, Tobías y Guesem

Quién	Citas	Qué se sabe
Sanaballat	2,10.19; 4,1-7; 6,1-14; 13,28	Sanbalat, gobernador de Samaría: una carta de Elefantina (407 a. C.) nombra a sus hijos
Otros Sanbalat	—	Gobernadores de Samaría del siglo IV, según los papiros de Wadi Daliyeh y Josefo
Tobías	2,10.19; 4,3.7; 6,1.12-19; 13,4-8	«Amonita» con nombre israelita y parientes en Jerusalén; quizá antepasado de los Tobíadas de Transjordania
Gosem	2,19; 6,1-2.6	Jefe árabe de Cedar; una copa de plata hallada en Egipto nombra a «Qaynu, hijo de Gashmu, rey de Cedar»
Los vecinos	4,2.7-8	El ejército de Samaría al norte, los amonitas al este, los árabes al sur, Azoto al oeste
Dos profetas	6,10-14	Semeías y Noadías, comprados para atemorizar a Nehemías
Nobles de Judá	6,17-19	Cartas y juramentos de amistad con Tobías
Eliasib	13,4-7	El sumo sacerdote, emparentado con Tobías, le da una habitación en el templo
Su nieto	13,28	Yerno de Sanbalat; Josefo cuenta una historia parecida (*Ant.* XI,7-8)

No eran invasores extranjeros, sino funcionarios de las provincias vecinas, con intereses y parientes en Jerusalén. Su acusación era política: que los judíos se querían rebelar contra el rey (2,19; 6,6-7). Ya antes, otros funcionarios de la región habían detenido las obras con una carta a Artajerjes (Esd 4,7-23). Las identificaciones fuera de la Biblia son probables, no seguras.

PAUSA

1. Nehemías esperó cuatro meses el momento oportuno. ¿Sabes esperar la hora de Dios sin dejar de prepararte?
2. Antes de responder al rey, se encomendó a Dios en un instante. ¿Qué breve oración podrías hacer antes de tus conversaciones difíciles?
3. «Levantémonos y edifiquemos»: ¿qué ruina de tu vida o de tu comunidad te pide Dios que empieces a reconstruir?

Para orar. *Señor, que tu mano benéfica me guíe, y que sepa levantarme y edificar allí donde tú me pones.*

3

Los constructores, puerta por puerta

Este capítulo es un acta de obra: unos cuarenta tramos de muralla, diez puertas y varias torres, y junto a cada tramo, el nombre de quien lo reconstruyó. Sigue el muro en sentido contrario a las agujas del reloj: empieza en la puerta del Ganado, al norte del templo (v. 1), recorre el norte y el oeste (vv. 1-13), llega al extremo sur (vv. 14-15), sube por la ladera oriental (vv. 16-31) y vuelve al punto de partida (v. 32). Trabajan a la vez sacerdotes y levitas, gentes de varias ciudades, gremios, jefes de distrito y familias. Es la descripción más detallada de Jerusalén que contiene el Antiguo Testamento.

Del Ganado a la puerta Vieja

1 Entonces Eliasib, sumo sacerdote [1], y los sacerdotes sus
hermanos pusieron manos a la obra, y reedificaron la
puerta del Ganado [2]; consagrándola con especiales
bendiciones [3], y asentaron sus puertas, y la consagraron
hasta la torre de cien codos, y hasta la torre de
Hananeel [4]. 2 A continuación de Eliasib, a un lado construyeron los ciudadanos de Jericó, y al otro construyó Zacur, hijo de Amri.

3 Pero la puerta del Pescado la construyeron los hijos de
Asnaa, y ellos la cubrieron, y asentaron sus puertas, y ce-

rrojos, y barras. A continuación de ellos construyó Marimut, hijo de Urías, hijo de Accús. 4 Cerca de éste construyó Mosollam, hijo de Baraquías, hijo de Mesezebel; y al lado de éstos, Sadoc, hijo de Baana. 5 A continuación de éstos construyeron los de Tecua; pero los magnates de entre ellos no arrimaron sus hombros para trabajar en la obra de su Señor [5].

6 La puerta Vieja la reedificaron Joíada, hijo de Fasea, y Mosollam, hijo de Besodía; ellos la cubrieron, y asentaron las puertas, y cerrojos y barras. 7 Junto a éstos edificaron Meltías gabaonita, y Jadón meronatita, varones de Gabaón y de Masfa, por el gobernador del país que estaba a la otra parte del río.

Por el oeste, hasta la puerta de la Fuente

8 Cerca de éste construyó Eziel, hijo de Araías platero, y al lado de él construyó Ananías, hijo de un perfumero; y dejaron intacta la parte de Jerusalén que va hasta el muro de la plaza mayor [6]. 9 Junto a este muro construyó Rafaía, hijo de Hur, príncipe o prefecto de un cuartel de Jerusalén [7]. 10 Al lado de éste construyó Jedaía, hijo de Haromaf, enfrente de su casa; y junto a éste edificó Hattús, hijo de Hasebonías. 11 Melquías, hijo de Herem, y Hasub, hijo de Fahat Moab, construyeron la mitad del muro de un cuartel y la torre de los Hornos. 12 Junto a éstos cons-

truyó Sellum, hijo de Alohés, príncipe o prefecto de la mitad de un cuartel de Jerusalén, él y sus hijas [8].

[13] La puerta del Valle la edificó Hanún con los habitantes de Zanoé; los mismos la concluyeron, y asentaron las puertas y cerrojos, y barras, y edificaron mil codos de la muralla hasta la puerta del Estercolero. [14] La puerta del Estercolero la edificó Melquías, hijo de Recab, prefecto del cuartel o barrio de Betacaram; éste la concluyó, y asentó sus puertas, y cerraduras y barras. [15] La puerta de la Fuente la construyó Sellum, hijo de Coloza, prefecto del cuartel de Masfa; él la concluyó y puso sus arquitrabes, y asentó las puertas y cerrojos, y barras, y reedificó la muralla desde la piscina de Siloé hasta el huerto del rey [9], y hasta la gradería por la cual se baja de la ciudad de David.

Por la ladera oriental

[16] A continuación de éste construyó Nehemías, hijo de Azboc, prefecto de la mitad del cuartel de Betsur hasta enfrente del sepulcro de David [10], y hasta la piscina magníficamente construida [11], hasta la casa de los Valientes de David. [17] Después de éste construyeron los levitas, Rehum, hijo de Benni; inmediato a él Hasebías, prefecto de la mitad del cuartel de Ceila, construyó el muro sito frente su cuartel. [18] En seguida construyeron sus hermanos los levitas, Bavai, hijo de Enadad, prefecto de la otra mitad del cuartel de Ceila. [19] Contiguo a éste construyó Azer, hijo de

Josué, prefecto del cuartel de Masfa, la segunda parte del
muro enfrente de la subida del ángulo fortificado. 20 Cerca
de éste en el monte de Sión [12] edificó Baruc, hijo de Zacai,
otra porción igual de muro desde dicho ángulo hasta la
puerta de la casa de Eliasib, sumo sacerdote. 21 A continua-
ción Merimut, hijo de Urías, hijo de Haccús, edificó la por-
ción siguiente desde la puerta de la casa de Eliasib, cuanto
se extendía dicha casa.

22 Después de éste construyeron los sacerdotes habitantes
de las campiñas del Jordán. 23 A su lado edificaron Benja-
mín y Hasub enfrente de su casa; y junto a éstos Azarías,
hijo de Maasías, hijo de Ananías, delante de su casa. 24 En
seguida Bennui, hijo de Henadad, construyó otra porción
igual desde la casa de Azarías hasta la vuelta, y hasta la es-
quina. 25 Falel, hijo de Ozi, edificó enfrente de la vuelta, y
de la torre, que se eleva por encima de la casa del rey, esto
es, edificó a lo largo del patio de la cárcel; después de éste
Fadaías, hijo de Farós.

26 Los natineos vivían en Jerusalén en el cuartel de Ofel [13],
hasta el frente de la puerta de las Aguas al oriente, y hasta
la torre que sale afuera. 27 En seguida edificaron los de Te-
cua otra porción igual enfrente, desde la torre grande que
sale hasta la cerca del templo.

Junto al templo, de vuelta al Ganado

28 Más arriba, desde la puerta de los Caballos, construyeron los sacerdotes, cada cual enfrente de su casa.
29 Después de éstos edificó Sadoc, hijo de Emmer, enfrente de su casa. Inmediato a él edificó Semaía, hijo de Sequenías, guarda de la puerta oriental del templo.

30 A continuación Hananía hijo de Selemías [14], y Hanun, sexto hijo de Selef, edificaron otra igual porción; después de éstos edificó Mosollam, hijo de Baraquía, enfrente de su tesorería [15]. 31 Tras éste Melquías, hijo de un platero, construyó hasta la casa o cuartel de los natineos y de los mercaderes comerciantes, enfrente de la puerta de los jueces [16], y hasta la sala de la esquina, 32 y a lo largo de la sala de la esquina, en la puerta del Ganado, edificaron los plateros y comerciantes.

¿Sabías que?

En los años setenta, durante la reconstrucción del barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén, el arqueólogo israelí Nahman Avigad descubrió un tramo de muralla de unos siete metros de grosor, conservado a lo largo de unos sesenta y cinco metros. Demostró que en el siglo VIII a. C. la ciudad se había extendido a la colina occidental. Avigad atribuyó el muro a Ezequías, y vio en las casas cortadas por sus cimientos un eco de Isaías: «derribasteis casas para fortificar la muralla» (Is 22,10); un estudio con carbono 14 publicado en 2024, que fechó otra muralla de la misma época en la ladera oriental de la ciudad de David, propone atribuir esas fortificaciones a los últimos años de Ozías, en el mismo siglo. Muchos lo identifican con el «muro ancho» que nombran 3,8 y 12,38. Todavía se puede ver, unos metros por debajo del nivel de la calle.

Las puertas de la muralla

Puerta	Citas	Dónde estaba
Del Ganado	3,1.32; 12,39	Al norte del templo; la «Probática» de Jn 5,2
Del Pescado	3,3; 12,39	Al norte (Sof 1,10)
Vieja	3,6; 12,39	Al noroeste, quizá
Muro ancho	3,8; 12,38	Al oeste; quizá el muro del siglo VIII hallado por Avigad
Torre de los Hornos	3,11; 12,38	Al oeste
Del Valle	2,13.15; 3,13	Al oeste de la ciudad de David, sobre el Tiropeón
Del Estercolero	2,13; 3,13-14; 12,31	Al sur, mil codos más allá, hacia el valle de Ennom
De la Fuente	2,14; 3,15; 12,36	Al sureste, junto a la piscina de Siloé (Jn 9,7)
De las Aguas	3,26; 8,1.3.16	Al este, en el Ofel; ante ella se leyó la Ley
De los Caballos	3,28	Junto al palacio y al templo (2 Re 11,16; Jer 31,40)
Oriental	3,29	En el lado oriental del templo
De los jueces	3,31	Al noreste del templo
De Efraín	8,16; 12,39	Al norte (2 Re 14,13)
De la Cárcel	12,39	Junto al templo

En el orden del recorrido del capítulo 3; las dos últimas solo aparecen en los capítulos 8 y 12. Muchos lugares son inciertos: la ciudad de Nehemías era mucho más pequeña que la de Ezequías o la de Jesús. El Apocalipsis cierra la Biblia con otra Jerusalén, de doce puertas siempre abiertas (Ap 21,12-14.25).

PARA PROFUNDIZAR

Puerta por puerta: la muralla, la ciudad y la Iglesia

A primera vista, el capítulo 3 es una lista árida: nombres, puertas, tramos y la expresión «a continuación de» repetida una y otra vez. Pero es un documento excepcional. Es la descripción más detallada de Jerusalén que contiene el Antiguo Testamento, y ya en 1911 el biblista católico Albin van Hoonacker la llamaba «un documento de la mayor importancia para determinar la extensión de Jerusalén a mediados del siglo V a. C.». Parte de la puerta del Ganado, al norte del templo, recorre la muralla en sentido contrario a las agujas del reloj y vuelve al mismo lugar (3,1.32). Unos cuarenta grupos trabajan a la vez, cada uno en su tramo, y así se entiende que la obra pudiera terminarse en cincuenta y dos días (6,15). El cuadro de este capítulo sigue el recorrido puerta por puerta.

La arqueología ayuda a imaginar esa ciudad, aunque deja muchas preguntas abiertas. La Jerusalén de Nehemías era pequeña: la estrecha colina de la ciudad de David y el monte del templo. La colina occidental, rodeada en el siglo VIII con un muro ancho, quedó probablemente fuera (3,8; ver el recuadro). En la ladera oriental, los escombros de las terrazas destruidas en el 587 cerraban el paso (2,14), y muchos piensan que el nuevo muro corrió más arriba, por lo alto de la colina. En 2007 la arqueóloga Eilat Mazar propuso identificar una torre y un tramo de muro de la ciudad de David con la obra de Nehemías; otros, como Israel Finkelstein, los fechan en la época asmonea, unos tres siglos después, y la cuestión sigue abierta. Lo seguro es que se trataba so-

bre todo de reparar siguiendo trazados antiguos, y que dentro de los muros la ciudad estaba casi vacía (7,4).

Más que el plano de una ciudad, el capítulo es el retrato de un pueblo. Empieza el sumo sacerdote con los sacerdotes (3,1); siguen los levitas, los hombres de Jericó, de Gabaón y de Mispá, de Técoa y de Zanoé; plateros, perfumistas y comerciantes (3,8.31-32); los jefes de los distritos de la provincia, con sede en Jerusalén, Bet-Haquérem, Mispá, Betsur y Queilá; un hombre que trabaja «con sus hijas» (3,12); y muchos que reparan el tramo que tienen «enfrente de su casa» (3,10.23.28-30). Hay quien trabaja con ardor (3,20), quien hace dos tramos (3,4 y 3,30) y quien se niega a «meter el cuello» (3,5). Nadie construye la muralla entera, pero la muralla es de todos. La lista conserva los nombres porque cada aportación cuenta.

Los cristianos han leído siempre esta página pensando en la Iglesia. San Pablo llama a la comunidad «edificio de Dios», construido por muchos sobre el único cimiento, que es Cristo (1 Cor 3,9-11); la Carta a los Efesios habla de un edificio «bien trabado» sobre el cimiento de los apóstoles y profetas (Ef 2,19-22), y san Pedro, de «piedras vivas» que forman un templo espiritual (1 Pe 2,4-5). El Apocalipsis termina con una Jerusalén de doce puertas, que llevan los nombres de las tribus de Israel, sobre doce cimientos con los nombres de los apóstoles, y cuyas puertas no se cierran nunca (Ap 21,12-14.25). San Jerónimo advertía que en las páginas de Esdras y Nehemías, donde se cuentan las familias a las que se encargó construir murallas y torres, «hay un sentido en la superficie y otro debajo» (*Carta* 53,8), y san Beda el Venerable, en el siglo VIII, comentó estos libros como figura de la edificación

de la Iglesia. Los salmos de la Jerusalén reconstruida se rezan desde entonces con ese doble sentido: «edifica los muros de Jerusalén» (Sal 51,20; 50 en Torres Amat), «el Señor reconstruye Jerusalén, reúne a los deportados de Israel» (Sal 147,2).

La lección es sencilla. Cada uno tiene un tramo, a menudo el que está delante de su propia casa; nadie es demasiado importante para cargar piedras, ni demasiado pequeño para que su nombre se pierda. Las murallas de Nehemías se derrumbaron hace siglos; los nombres de los que las levantaron siguen escritos en este capítulo. Jesús dirá a sus discípulos algo parecido: «alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo» (Lc 10,20).

PAUSA

1. Cada uno reparó el tramo que tenía enfrente de su casa. ¿Cuál es «tu tramo» en la obra de Dios: tu familia, tu trabajo, tu parroquia?
2. Los nobles de Técoa no quisieron «meter el cuello». ¿En qué te cuesta ponerte bajo el yugo de un trabajo común?
3. Baruc trabajó «con ardor». ¿Con qué ánimo haces lo que te toca?

Para orar. *Señor, edifica tu Iglesia con piedras vivas, y que yo no falte en el tramo que me confías.*

4

Burlas, amenazas y la espada al lado

La muralla crece, y con ella la oposición. El capítulo avanza en tres tiempos: la burla de Sanaballat y Tobías, a la que Nehemías responde con una oración durísima y con más trabajo (vv. 1-6); la conjura de los vecinos para un ataque por sorpresa, el desánimo de los de Judá y la respuesta de Nehemías, que reza, pone centinelas y arma al pueblo por familias (vv. 7-15); y una obra que sigue con la espada al lado, con la trompeta preparada y sin quitarse la ropa ni de noche (vv. 16-23). Oración y vigilancia van juntas.

La burla de Sanaballat y Tobías

1 Entretanto, habiendo oído Sanaballat que reedificábamos
las murallas [1], montó en gran cólera; y enfurecido en ex-
tremo, hizo mofa de los judíos, 2 y dijo en presencia de sus
hermanos y de un gran concurso de samaritanos [2]: ¿Qué
pretenden hacer esos miserables judíos? ¿Por ventura se
lo permitirán estas naciones vecinas? ¿Piensan poder
ofrecer sacrificios, concluyendo toda la obra en un día?
¿Podrán acaso restaurar las piedras de los montones redu-
cidos a cenizas? [3] 3 A lo que añadió Tobías amonita, que
estaba a su lado: Dejadlos que construyan, que si va una

zorra saltará de un lado a otro de los muros [4] y los derribará.

4 Oh Dios nuestro, oye cómo se mofan de nosotros; haz recaer sobre su cabeza estos escarnios [5], y que ellos sean el
blanco de los desprecios allí donde sean llevados cautivos.
5 No encubras, no disimules su maldad, ni sea borrado su
pecado delante de tu vista, ya que han escarnecido a los
que reedifican tu ciudad santa. 6 Nosotros, pues, reedificamos las murallas, restaurándolas enteramente hasta la
mitad de su altura antigua [6]; y el pueblo cobró bríos para
seguir el trabajo.

La conjura y la vigilancia

7 Mas así que supieron Sanaballat, y Tobías, y los árabes, y
los amonitas, y los de Azoto [7], que estaban reparadas las
brechas de los muros de Jerusalén [8], y que comenzaban a
cerrarse los portillos, se irritaron sobremanera, 8 y todos
de mancomún se coligaron para venir a pelear con Jerusalén, y armarnos asechanzas. 9 Nosotros nos encomendamos a nuestro Dios, y pusimos contra ellos centinelas [9]
día y noche en las murallas.

10 Y algunos de la tribu de Judá dijeron: Los más robustos
que acarrean los materiales están ya sin aliento [10], y queda aún muchísima tierra que sacar, de suerte que no nos es
posible acabar de reedificar el muro. 11 Y han dicho nues-

tros enemigos: No han de saber nada hasta que rompamos
por medio de ellos, los matemos, y hagamos cesar la obra.
12 Y viniendo los judíos que habitaban cerca de ellos, y di-
ciendo esto mismo por diez y más veces, recibiendo el pro-
pio aviso de todas partes de donde acudían a nosotros,

13 puse luego en orden al pueblo, apostado detrás del muro
alrededor con sus espadas, y lanzas, y ballestas [11]. 14 Y pa-
sada revista de todo, fui y dije a los magnates, y magistra-
dos, y al resto del pueblo: No tenéis que temer delante de
ellos; acordaos del Señor grande y terrible [12]; y pelead por
vuestros hermanos, y por vuestros hijos e hijas, y por
vuestras mujeres y por vuestras casas. 15 Mas habiendo en-
tendido nuestros enemigos que se nos había dado aviso,
disipó Dios como el humo los designios que habían
formado [13]. Con lo que nos volvimos todos a los muros,
cada cual a su tarea.

Con una mano en la obra

16 Y desde aquel día la mitad de la gente moza [14] trabajaba
en la obra y la otra mitad sobre las armas, con lanzas y es-
cudos, y ballestas, y corazas, y detrás de ellos los capitanes
en toda la familia de Judá. 17 Los que trabajaban en el
muro, los que llevaban cargas, y los que las cargaban, tra-
bajaban con una mano, y en otra tenían la espada [15];
18 porque cada uno de los trabajadores llevaba ceñida al

lado la espada; y así trabajaban; y el que tocaba al arma con la trompeta [16] estaba siempre a mi lado.

[19] Y dije a los magnates, y a los magistrados, y al resto del pueblo: La construcción es grande y de mucha extensión, y nosotros estamos separados en el muro lejos el uno del otro. [20] Dondequiera que oyereis el sonido de la trompeta, corred allí todos hacia nosotros, que nuestro Dios peleará a favor nuestro [17]. [21] Entretanto vamos continuando la obra, y la mitad de nosotros tenga empuñadas las lanzas desde que apunte la aurora hasta que salgan las estrellas [18].

[22] En esta misma ocasión dije también al pueblo: Cada uno con su criado quédese a dormir dentro de Jerusalén, y nos relevaremos unos a otros para trabajar día y noche. [23] Yo, pues, ni mis hermanos, ni mis criados, ni las guardias que me seguían, nos desnudábamos; ninguno se quitaba los vestidos sino para alguna purificación o lavatorio [19].

¿Sabías que?

El Salmo 127 (126 en Torres Amat) comienza en latín «Nisi Dominus aedificaverit domum»: si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen; si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el centinela. Es el salmo de los albañiles y de los vigías, como este capítulo de Nehemías. Era uno de los salmos de las vísperas de las fiestas de la Virgen, y así lo puso en música Claudio Monteverdi en sus *Vísperas* de 1610; también lo hicieron, entre otros, Antonio Vivaldi (RV 608) y Georg Friedrich Händel (HWV 238).

PARA PROFUNDIZAR

Con una mano en la obra: los adversarios y la oración del que vigila

Nehemías no tuvo enfrente un ejército invasor, sino a sus vecinos. Sanaballat (Sanbalat) era gobernador de Samaría: una carta de los judíos de Elefantina, del año 407 a. C., menciona a sus hijos en Samaría. Tobías, «el amonita», llevaba un nombre que invoca al Dios de Israel, tenía el título de «siervo», quizá de funcionario real, y estaba emparentado con familias de Jerusalén (6,17-19; 13,4); muchos lo relacionan con los Tobíadas, una familia poderosa de Transjordania de la que hablan documentos de siglos posteriores. Gosem, el árabe, era probablemente un jefe de Cedar, y su hijo aparece quizá en una copa de plata hallada en Egipto. Todos tenían intereses en Judá, y una Jerusalén amurallada, con gobernador propio y el favor del rey, era un rival. Ya antes, otros funcionarios de la región habían logrado detener las

obras con una carta al rey (Esd 4,7-23; ver Esd 4). El cuadro «Sanbalat, Tobías y Guesem», al final del capítulo 2, reúne lo que se sabe de ellos.

Sus métodos van de menos a más. Primero, la burla: silbidos, desprecio, preguntas irónicas (2,19; 4,1-3). Después, la coalición y la amenaza de un ataque por sorpresa (4,7-11). Más tarde vendrán las invitaciones a una reunión que era una trampa (6,1-4), una carta abierta con la calumnia de que Nehemías quería hacerse rey (6,5-7), un profeta comprado para meterle miedo (6,10-14) y una red de cartas e informadores dentro de la misma Jerusalén (6,17-19). Y, entre tanto, el peligro de dentro: el cansancio y el desánimo de los propios trabajadores, que se quejan de que el escombro es mucho y las fuerzas pocas (4,10). Toda obra de Dios conoce estas dos pruebas: la oposición de fuera y el desaliento de dentro.

La respuesta de Nehemías cabe en una frase: «Nosotros nos encomendamos a nuestro Dios, y pusimos contra ellos centinelas día y noche» (4,9). No reza en lugar de vigilar, ni vigila en lugar de rezar. Organiza al pueblo por familias (4,13), le recuerda al «Señor grande y terrible» y le da motivos cercanos: los hermanos, los hijos y las hijas, las mujeres y las casas (4,14). Divide a sus hombres entre el trabajo y la guardia, hace que todos lleven la espada ceñida, tiene la trompeta a su lado y promete: «nuestro Dios peleará a favor nuestro» (4,20; Éx 14,14). Y, sin embargo, nadie se quita la ropa ni de noche (4,23). La fe no lo vuelve ingenuo, y la prudencia no le quita la fe. Es lo que Jesús pidió en Getsemaní: «Velad y orad» (Mt 26,41).

Hay, con todo, una página dura: la imprecación de 4,4-5, en la que Nehemías pide que sus enemigos sean llevados cautivos y que Dios no perdone su pecado. No hay que suavizarla ni ponerla como modelo. Es la oración de un hombre humillado que, en lugar de vengarse, deja la causa en manos de Dios, como Jeremías (Jer 18,23) y algunos salmos (Sal 69; 109); de hecho, Nehemías no ataca a nadie: sigue construyendo. Pero el Catecismo recuerda que el Antiguo Testamento contiene «elementos imperfectos y pasajeros», dentro de una «divina pedagogía» (n. 122). El Evangelio da el paso que aquí falta: «amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen» (Mt 5,44), y Cristo muere pidiendo perdón para los que lo crucifican (Lc 23,34). San Pablo lo resume: «no te dejes vencer por el mal; antes vence al mal con el bien» (Rom 12,21).

La imagen del constructor que trabaja con una mano y empuña el arma con la otra (4,17) se convirtió en una parábola de la vida cristiana. Torres Amat ya la entendía como una «locución metafórica» de la disposición a defenderse. San Pablo describe la armadura de Dios y pide tomar «la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios», sin dejar de orar «en todo tiempo» (Ef 6,10-18). San Beda el Venerable, que comentó Esdras y Nehemías en el siglo VIII, lo leyó como una alegoría de la Iglesia: unos la edifican con buenas obras y otros la defienden de los herejes, y los constructores que llevan la espada ceñida enseñan que no solo los predicadores, sino todo el pueblo de Dios, deben velar y frenar el mal con la palabra de Dios (*Sobre Esdras y Nehemías*, libro III). Y en el siglo XIX el predicador inglés Charles Spurgeon tituló su revista *La espada y la paleta*. El que construye en el Reino de Dios

necesita las dos manos: una para edificar con paciencia, otra para guardar lo edificado; y el corazón puesto en Dios, porque si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el centinela (Sal 127,1).

PAUSA

1. Nehemías oró y puso centinelas. ¿Tiendes más a rezar sin actuar, o a actuar sin rezar?
2. El desánimo de los de Judá era tan peligroso como los enemigos. ¿Qué te desanima hoy en lo que estás construyendo, y a quién puedes pedir ánimo?
3. Nehemías pidió a Dios que no perdonara a sus enemigos; Jesús rezó por los suyos. ¿Por quién que te ha herido o se ha burlado de ti puedes rezar hoy?

Para orar. *Señor, que con una mano trabaje en tu obra y con la otra empuñe tu palabra, y que nunca deje de velar y orar.*

5

El clamor de los pobres

Mientras la muralla sube, aparece un peligro que no viene de fuera: el hambre, las deudas y el tributo del rey empujan a muchos a empeñar sus tierras y a vender a sus hijos a judíos ricos. El capítulo tiene tres partes: el clamor del pueblo (vv. 1-5); la reacción de Nehemías, que reúne una asamblea, consigue que se perdonen las deudas y lo sella con un juramento (vv. 6-13), y el ejemplo del gobernador, que en doce años no cobró lo que le correspondía (vv. 14-19). Termina con la primera de sus oraciones «acuérdate»: «Acuérdate de mí, oh Dios mío». Sin justicia entre hermanos, la muralla no protege nada.

El clamor del pueblo

1 Sucedió entonces que se levantó un gran clamor del pueblo y de sus mujeres [1] contra sus hermanos los judíos.
2 Algunos decían: Nuestros hijos y nuestras hijas son en número muy excesivo; vendámoslos [2]; y compremos con su precio trigo para poder comer y vivir.
3 Otros decían: Empeñemos nuestros campos y viñas [3], y nuestras casas, y tomemos trigo para matar el hambre.
4 Otros, en fin, decían: Tomemos dinero prestado para pagar los tributos reales [4], y empeñemos nuestras heredades y viñas.
5 Ahora bien, nuestra carne es ni más ni menos como la

carne de estos ricos [5] que son nuestros hermanos, y nuestros hijos valen tanto como los suyos, y, con todo, nosotros les vendemos por esclavos nuestros hijos e hijas; y no tendremos con qué rescatar nuestras hijas de la esclavitud, y nuestros campos y viñas están en manos de otros.

La asamblea y el perdón de las deudas

[6] Al oír yo estos clamores, y tales expresiones, me irrité sobremanera; [7] y después de una larga reflexión [6], reprendí ásperamente a los magnates y a los magistrados, diciéndoles: ¿Así que vosotros cobráis usura de vuestros hermanos [7]? Y convoqué contra ellos una gran asamblea, [8] y les dije: Nosotros, como sabéis, hemos rescatado según nuestra posibilidad a nuestros hermanos, los judíos, vendidos a otras naciones; ¿y vosotros habéis de vender de nuevo a vuestros hermanos [8], para que nosotros los rescatemos otra vez? Callaron a esto, y no supieron qué responder.

[9] Y les dije: No es bien hecho lo que hacéis. ¿Cómo no vivís en el santo temor de nuestro Dios [9], para que no vengamos a ser el escarnio de las gentes enemigas nuestras? [10] Yo, y mis hermanos, y mis criados hemos prestado [10] muchísimo dinero y trigo; convengámonos todos en no volvérselo a pedir, condonémosles la deuda. [11] Restituidles el día de hoy sus campos, y sus viñas, y sus olivares, y sus casas; y aun también el uno por ciento mensual [11] del di-

nero, del vino, del trigo, del aceite que soléis exigirles, condonádselo, o pagadlo vosotros por ellos.

12 A lo que respondieron: Se lo volveremos, y nada les exigiremos; y lo haremos así, como tú dices. Llamé entonces a los sacerdotes, y les tomé juramento [12] de lo que harían conforme lo que yo había dicho. 13 Además de esto sacudí mi vestido de encima de mi seno [13], y dije: Así sacuda Dios de sus casas y de sus haciendas a todos los que no cumplieren esta palabra; así sean sacudidos, y queden sin nada. Y respondió todo el concurso: Amén. Y alabaron a Dios. En suma, todo el pueblo se conformó con lo dicho.

El gobernador que no cobra

14 Por lo que hace a mí, desde el día aquel en que me mandó el rey que fuese gobernador de la tierra de Judá [14], desde el año veinte hasta el treinta y dos del rey Artajerjes, por espacio de doce años, ni yo, ni mis hermanos hemos recibido los alimentos o salarios debidos a los gobernadores; 15 siendo así que los primeros gobernadores antecesores míos cargaron al pueblo [15], y recibieron de ellos en pan, vino y dinero cuarenta siclos cada día; y que también sus ministros oprimían al pueblo. Mas yo, temiendo a Dios, no me porté así; 16 antes bien trabajé en la construcción del muro, y no compré ni una heredad [16], y acudían todos mis criados a la obra.

17 Añádase a esto que ciento cincuenta personas de entre
los judíos y magistrados, y los que venían a nosotros de los
países circunvecinos, comían a mi mesa [17]; 18 a cuyo fin se
mataban cada día en mi casa un buey y seis carneros esco-
gidos, sin contar las aves, y cada diez días se servían dife-
rentes vinos, y distribuían otras muchas cosas; y añádase a
esto que no cobré los estipendios de mi gobierno, por estar
el pueblo reducido a la mayor miseria [18]. 19 Acuérdate de
mí, oh Dios mío, para hacerme bien [19], a medida de los be-
neficios que yo he hecho a este pueblo.

¿Sabías que?

El historiador griego Heródoto, contemporáneo de Nehemías, enumera los veinte distritos fiscales del Imperio persa en tiempos de Darío I y lo que pagaba cada uno. El que iba desde Cilicia hasta Egipto, con «toda Fenicia, la Siria llamada Palestina y Chipre», pagaba trescientos cincuenta talentos de plata al año; los árabes de la región estaban exentos (*Historias* III,91). Y cuenta cómo guardaba el rey su tesoro: fundía el metal en tinajas de barro, rompía después el barro y, cuando necesitaba dinero, cortaba el pedazo que le hacía falta (III,96).

Préstamos, prendas y esclavos: la Ley y Nehemías 5

Asunto	La Ley	Nehemías
Préstamo al pobre	Sin interés al hermano necesitado (Éx 22,24; Lv 25,35-37; Dt 23,20-21)	«¿Cobráis usura de vuestros hermanos?» (5,7); el uno por ciento, perdonado (5,11)
La prenda	Devolver el manto antes de la noche; no tomar la muela del molino (Éx 22,25-26; Dt 24,6.10-13)	Campos, viñas y casas empeñados (5,3), devueltos «el día de hoy» (5,11)
Hijos vendidos	El siervo hebreo sale libre al séptimo año (Éx 21,2-11; Dt 15,12-18)	Hijos e hijas vendidos; algunas hijas, ya sometidas (5,2.5)
El rescate	El pariente rescata al hermano vendido a un extranjero (Lv 25,47-55)	«Hemos rescatado a nuestros hermanos» (5,8)
La remisión	Cada siete años se perdona la deuda (Dt 15,1-3)	«Condonémosles la deuda» (5,10); prometida en la alianza (10,31)
El tributo	Los servidores del templo, exentos (Esd 7,24)	Préstamos para pagar «los tributos reales» (5,4)
El juramento	La palabra dada a Dios obliga (Nm 30,3); el pacto roto de Sedecías (Jer 34,8-22)	Juramento ante los sacerdotes y «Amén» del pueblo (5,12-13)
El que gobierna	No acumule oro ni plata, ni se eleve sobre sus hermanos (Dt 17,17.20)	Ni salario ni tierras; ciento cincuenta a su mesa (5,14-18)

Numeración moderna: en Torres Amat, Éx 22,24-26 es 22,25-27, y Dt 23,20-21 es 23,19-20. Jesús va más lejos: «prestad sin esperar nada a cambio» (Lc 6,34-35). Para el año sabático y el jubileo, ver el cuadro del Deuteronomio «El año sabático, la remisión y el jubileo».

PARA PROFUNDIZAR

«*Nuestra carne es como la de nuestros hermanos*»: *deudas, usura y justicia*

El capítulo 5 interrumpe la historia de la muralla con una escena que no tiene nada de épica. Mientras los enemigos amenazan desde fuera, dentro se oye otro grito: hay hambre, el rey cobra su tributo en plata, y los que no tienen nada empeñan sus campos, sus viñas y sus casas, o entregan a sus hijos e hijas como siervos de otros judíos. «Nuestra carne es ni más ni menos como la carne de estos ricos que son nuestros hermanos» (5,5): el problema no es un opresor extranjero, sino hermanos que se aprovechan de la necesidad de sus hermanos. La Biblia conoce bien ese grito: es el clamor que Dios escuchó en Egipto (Éx 3,7) y que promete escuchar siempre que se oprima al pobre (Éx 22,21-26).

La Ley había previsto casi todo: no cobrar interés al hermano necesitado, devolver la prenda indispensable, liberar al siervo hebreo al séptimo año, perdonar las deudas cada siete años, rescatar al pariente vendido (ver el cuadro de este capítulo, el cuadro del Deuteronomio «El año sabático, la remisión y el jubileo» y el ensayo del Levítico sobre el jubileo). Nehemías no inventa leyes nuevas. Hace algo más difícil: logra que se cumplan las que existen, en un momento en que cumplirlas costaba dinero a los poderosos.

Su manera de actuar es una pequeña lección de gobierno. Se indigna, pero reflexiona antes de hablar (5,6-7). No negocia a escondidas: convoca una asamblea y expone el escándalo a la luz. Su argumento es sencillo: nosotros rescatamos a nuestros her-

manos vendidos a los extranjeros, y vosotros los vendéis de nuevo (5,8). Apela al temor de Dios y al testimonio ante las naciones (5,9). Y, sobre todo, se pone él mismo en la lista de los acreedores: «yo, y mis hermanos, y mis criados hemos prestado» (5,10). Pide la restitución «el día de hoy», sin plazos; hace jurar a los acreedores ante los sacerdotes, sella el compromiso con un gesto profético, y todo termina con un «Amén» y una alabanza a Dios (5,11-13). La justicia restablecida se convierte en culto.

Después habla de sí mismo (5,14-18). Durante doce años no cobró la asignación de gobernador, no compró tierras baratas a los arruinados, puso a trabajar a sus criados y alimentó de su bolsillo a ciento cincuenta personas. Es la autoridad que Jesús pidió a los suyos, la del que sirve (Mc 10,42-45), y la que san Pablo practicó trabajando con sus manos para no ser gravoso a nadie (2 Tes 3,8-9). El Talmud le reprocha que lo cuente y que hable mal de los gobernadores anteriores (Sanedrín 93b): también el justo corre el peligro de compararse. Pero Nehemías no pide aplausos; pone su obra ante Dios: «Acuérdate de mí» (5,19).

La Iglesia ha recogido esta herencia. El Catecismo enumera, entre las medidas del Antiguo Testamento a favor de los pobres, la prohibición del préstamo a interés y la retención de la prenda (n. 2449); llama homicidio indirecto a las «prácticas usurarias y mercantiles» que provocan el hambre y la muerte de los hermanos (n. 2269), y condena que se compre y se venda a las personas como mercancía (n. 2414). San Basilio y san Gregorio de Nisa predicaron contra los usureros, y durante siglos la Iglesia prohibió cobrar intereses por un préstamo; Benedicto XIV todavía lo enseñaba en la encíclica *Vix pervenit* (1745). Con el desarrollo de la

economía, la doctrina distinguió el interés justo, que compensa un riesgo o una ganancia perdida, de la usura que explota la necesidad, y hoy pide sustituir los sistemas financieros «abusivos, si no usurarios», que ahogan a los países pobres (n. 2438). Para el Jubileo del año 2000, Juan Pablo II propuso «una notable reducción, si no una total condonación, de la deuda internacional» (*Tertio millennio adveniente*, 51).

Isaías describió el ayuno que agrada a Dios: romper los yugos, partir el pan con el hambriento, no esconderse de la propia carne; y prometió al que así obra un nombre que parece escrito para Nehemías: «te llamarán reparador de brechas» (Is 58,6-12). La palabra hebrea es la misma de los «portillos» de la muralla (6,1). Las murallas de Jerusalén no habrían servido de nada si dentro los hermanos se vendían unos a otros. Antes que las piedras, Nehemías tuvo que reparar la fraternidad.

PAUSA

1. Nehemías se puso él mismo en la lista de los acreedores antes de pedir nada a los demás. ¿Qué tendrías que soltar tú antes de exigir justicia a otros?
2. «Nuestra carne es como la de nuestros hermanos». ¿Quiénes cargan hoy, cerca de ti, con deudas que no pueden pagar?
3. Nehemías renunció a lo que le correspondía «por estar el pueblo reducido a la mayor miseria». ¿A qué derecho tuyo podrías renunciar por el bien de otros?

Para orar. *Señor, que no levante muros sobre la ruina de mis hermanos, y enséñame a perdonar las deudas como tú me perdonas las mías.*

6

Trampas, falsos profetas y la muralla terminada

Fracasadas las burlas y las amenazas, los enemigos prueban con la astucia. El capítulo cuenta tres trampas: las invitaciones a reunirse en el valle de Ono (vv. 1-4), la carta abierta que acusa a Nehemías de querer hacerse rey (vv. 5-9) y el profeta comprado que le aconseja esconderse en el templo (vv. 10-14). Nehemías no baja de la muralla, no se deja asustar y no entra donde no debe. Entonces llega la noticia: la muralla se termina en cincuenta y dos días, y hasta los enemigos reconocen la mano de Dios (vv. 15-16). Pero las cartas entre Tobías y los nobles de Judá siguen yendo y viniendo (vv. 17-19).

Las trampas de Sanaballat

1 Mas habiendo oído Sanaballat, y Tobías, y Gosem árabe y
los demás enemigos nuestros, que yo había reedificado ya
la muralla, y que no quedaba en ella ningún portillo (aun-
que no se habían puesto todavía las hojas de las puertas [1]),
2 Sanaballat y Gosem me enviaron a decir: Ven, y haremos
alianza entre nosotros en alguna de las aldeas del campo
de Ono [2]. Pero ellos urdían una trampa contra mí. 3 Les
envié, pues, a decir por mis mensajeros: Traigo entre ma-
nos una obra de importancia, y no puedo ir allá [3], no sea

que se atrase, si yo me separo para ir a vosotros. 4 Por cuatro veces enviaron a decirme lo mismo, y siempre les respondí como la vez primera.

5 Finalmente, Sanaballat me despachó por la quinta vez con la misma comisión un criado suyo, el cual traía en su mano una carta escrita en los siguientes términos [4]: 6 Se ha divulgado entre las gentes, y Gosem lo dice públicamente [5], que tú y los judíos intentáis rebelaros, y que a este fin reedificas las murallas, y pretendes alzarte rey sobre ellos; por cuyo motivo 7 tienes destinados profetas que ensalcen tu nombre en Jerusalén, y digan: Él es el rey de Judea [6]. Estas cosas llegarán a oídos del rey; por lo mismo ven pronto, para que consultemos juntos sobre el asunto. 8 Pero yo les contesté: No hay nada de eso que tú dices; sino que son cosas que tú te forjas de tu propia cabeza. 9 La verdad es que todos ellos tiraban a meternos miedo, imaginándose que alzaríamos la mano de la obra, y la abandonaríamos. Pero yo por lo mismo cobré más aliento [7].

El profeta comprado

10 Fui después ocultamente a casa de Semeías, sacerdote [8], hijo de Dalaías, hijo de Metabeel; el cual me dijo: Vámonos los dos a conferencias en la casa de Dios en medio del templo, y cerremos sus puertas; porque han de venir a matarte, y por la noche vendrán a quitarte la vida. 11 Mas yo res-

pondí: ¿Y un hombre en el puesto en que yo me hallo, ha de huir? ¿Y qué hombre como yo puede entrar en el templo para salvar su vida [9]? No quiero ir. [12] Por aquí comprendí que él no era enviado o inspirado de Dios [10], sino que había hablado conmigo haciendo el profeta; y que Tobías y Sanaballat lo habían sobornado; [13] porque realmente había recibido dinero para amedrentarme y hacerme pecar; con lo cual tuviesen esta maldad que echarme en cara. [14] Acuérdate de mí, Señor, considerando semejantes trampas [11] de Tobías y de Sanaballat, y asimismo de Noadías profeta [12], y de los demás profetas que procuraban atemorizarme.

La muralla terminada

[15] Al fin se acabaron las murallas el veinticinco del mes de Elul, en cincuenta y dos días [13]. [16] Así que supieron esto todos nuestros enemigos, se llenaron de temor todas las naciones vecinas, y cayeron de ánimo y conocieron ser Dios el autor de esta obra [14].

[17] Sin embargo, aun por aquellos días iban y venían muchas cartas de varios magnates judíos a Tobías [15], y de Tobías a ellos; [18] porque en Judea había muchos que le habían jurado amistad [16]; pues era yerno de Sequenías, hijo de Area, y Johanán su hijo estaba casado con una hija de Mosollam, hijo de Baraquías. [19] Y lo que más es, le alababan

en presencia mía, y le participaban cuanto yo decía, y Tobías escribía después cartas para intimidarme [17].

¿Sabías que?

Una tradición rabínica sitúa en el 25 de Elul, el mismo día en que se terminó la muralla, el comienzo de la creación: «Se enseña en nombre de Rabí Eliezer: el veinticinco de Elul fue creado el mundo» (*Levítico Rabá* 29,1). Así, el sexto día, el de la creación del hombre, caía el primero de Tisri, el día de Año Nuevo. Elul es para los judíos el mes de la preparación y del arrepentimiento antes de las grandes fiestas de otoño, y en él se rezan oraciones penitenciales, las selijot.

PAUSA

1. Nehemías respondió cuatro veces: «Traigo entre manos una obra de importancia». ¿Qué invitaciones te apartan hoy de la obra que Dios te ha confiado?
2. Semeías le dio un consejo piadoso que lo llevaba al miedo y al pecado. ¿Cómo distingues tú la voz de Dios de las voces que solo te asustan?
3. Hasta los enemigos reconocieron que la obra era de Dios. ¿Qué obra de Dios en tu vida tendrías que reconocer y agradecer?

Para orar. *Señor, fortalece mis manos para no bajar de la obra que me has confiado, y líbrame del miedo que no viene de ti.*

7

La ciudad vacía y la lista de los que volvieron

Terminada la muralla, Nehemías pone puertas, porteros y guardias (vv. 1-3). Pero la ciudad es grande y está casi vacía (v. 4), y Dios le inspira reunir al pueblo para inscribirlo. Encuentra entonces el registro de los primeros que volvieron de Babilonia y lo copia entero: los jefes y las familias (vv. 6-38); los sacerdotes, levitas, cantores, porteros y servidores del templo (vv. 39-60); los que no pudieron probar su linaje (vv. 61-65), y los totales y las ofrendas (vv. 66-73). Es la misma lista de Esdras 2, con pequeñas diferencias. Aquí se interrumpen las memorias que Nehemías cuenta en primera persona; volverá a hablar así en el capítulo 12.

Puertas y guardias en una ciudad vacía

1 Después que se acabaron las murallas, y asenté las puertas, y pasado la lista de los porteros, cantores y levitas, 2 di
mis órdenes sobre Jerusalén a mi hermano Hanani, y a
Hananía príncipe de la casa del Señor [1] (como quiera era
tenido por hombre sincero y más temeroso de Dios que los
otros), 3 y les dije: No se han de abrir las puertas de Jerusa-
lén hasta que el sol caliente [2]. Y estando aún ellos presen-
tes, se cerraron y atrancaron las puertas, y puse de guar-
dia ciudadanos de Jerusalén que se relevaban por su
turno, cada cual enfrente de su casa. 4 Era la ciudad muy

ancha y capaz, y la gente que la habitaba poca [3]; no estando reedificadas las casas.

El libro de los que volvieron primero

[5] Pero Dios inspiró en mi corazón [4] que convocase a los magnates y a los magistrados, y al pueblo para hacer una revista o censo, y hallé un libro del empadronamiento de aquellos que habían vuelto los primeros de Babilonia, en el cual se encontró escrito lo siguiente: [6] Estos son los naturales de la provincia de Judea, que han vuelto del cautiverio, adonde habían sido llevados por Nabucodonosor, rey de Babilonia, y han regresado a Jerusalén y a la Judea, cada uno a su ciudad. [7] Los cuales han venido con Zorobabel, con Josué [5], Nehemías, Azarías, Raamías, Nahamani, Mardoqueo, Belsam, Mesfarat, Begoai, Nahum, Baana. He aquí el número de los varones del pueblo de Israel:

[8] Hijos de Farós, dos mil ciento setenta y dos. [9] Hijos de Safatía, trescientos setenta y dos. [10] Hijos de Area, seiscientos cincuenta y dos. [11] Hijos de Fahat Moab de los descendientes de Josué y de Joab, dos mil ochocientos dieciocho. [12] Hijos de Helam, mil doscientos cincuenta y cuatro. [13] Hijos de Zetúa, ochocientos cuarenta y cinco. [14] Hijos de Zacai, setecientos sesenta. [15] Hijos de Bannui, seiscientos cuarenta y ocho. [16] Hijos de Bebai, seiscientos veintiocho.

17 Hijos de Azgad, dos mil trescientos veintidós. 18 Hijos de
Adonicam, seiscientos sesenta y siete. 19 Hijos de Beguai,
dos mil sesenta y siete. 20 Hijos de Adín, seiscientos cin-
cuenta y cinco. 21 Hijos de Ater, hijo de Hecezías, noventa y
ocho. 22 Hijos de Asem, trescientos veintiocho. 23 Hijos de
Besai, trescientos veinticuatro. 24 Hijos de Haref, ciento
doce. 25 Hijos de Gabaón, noventa y cinco.

26 Hijos de Betlehem y de Netufa, ciento ochenta y ocho.
27 Varones de Anatot [6], ciento veintiocho. 28 Varones de
Betazmot, cuarenta y dos. 29 Varones de Cariatiarim, de
Céfira y de Berot, setecientos cuarenta y tres. 30 Varones de
Rama y de Geba, seiscientos veintiuno. 31 Varones de Mac-
mas, ciento veintidós. 32 Varones de Betel y de Hai, ciento
veintitrés. 33 Varones de la otra Nebo, cincuenta y dos.
34 Varones de la otra Elam, mil doscientos cincuenta y cua-
tro.

35 Hijos de Harem, trescientos veinte. 36 Hijos de Jericó,
trescientos cuarenta y cinco. 37 Hijos de Lod, de Hadid y de
Ono, setecientos veintiuno. 38 Hijos de Senaa, tres mil no-
vecientos treinta.

Sacerdotes, levitas y servidores del templo

39 Sacerdotes: Hijos de Idaía en la familia de Josué, nove-
cientos setenta y tres. 40 Hijos de Emmer, mil cincuenta y

dos [7]. 41 Hijos de Fasur, mil doscientos cuarenta y siete.
42 Hijos de Arem, mil diecisiete. Levitas: [8]

43 Los hijos de Josué y de Cedmihel, hijos o descendientes
44 de Oduías, setenta y cuatro. Cantores: 45 Los hijos de
Asaf, ciento cuarenta y ocho.

46 Porteros: Los hijos de Sellum, los hijos de Ater, los hijos
de Telmón, los hijos de Acub, los hijos de Hatita, los hijos
de Sobai, ciento treinta y ocho.

47 Natineos [9]: Los hijos de Soha, los hijos de Asufa, los hi-
jos de Tebbaot, 48 los hijos de Cerós, los hijos de Siaa, los
hijos de Fadón, los hijos de Lebana, los hijos de Hagaba,
los hijos de Selmai, 49 los hijos de Hanán, los hijos de Ged-
del, los hijos de Gaher, 50 los hijos de Raaía, los hijos de Ra-
sín, los hijos de Necoda, 51 los hijos de Gezem, los hijos de
Aza, los hijos de Fasea, 52 los hijos de Besai, los hijos de Mu-
nim, los hijos de Nefusim, 53 los hijos de Bacbuc, los hijos
de Hacufa, los hijos de Harhur, 54 los hijos de Beslot, los hi-
jos de Mahida, los hijos de Harsa, 55 los hijos de Bercós, los
hijos de Sísara, los hijos de Tema, 56 los hijos de Nasía, los
hijos de Hatifa,

57 los hijos de los siervos de Salomón, los hijos de Sotai, los
hijos de Soferet, los hijos de Farida, 58 los hijos de Jahala,
los hijos de Darcón, los hijos de Jeddel, 59 los hijos de Safa-
tía, los hijos de Hatil, los hijos de Foqueret, nacido de Sa-

baim, hijo de Amón. 60 Todos los natineos con los hijos de los siervos de Salomón eran trescientos noventa y dos.

61 Y he aquí los que vinieron de Telmela, Telarsa, Querub, Addón y Emmer ciudades de Caldea [10], y no pudieron hacer constar la familia de sus padres, ni su linaje, ni si eran del pueblo de Israel. 62 A saber los hijos de Dalaía, los hijos de Tobía, los hijos de Necoda, seiscientos cuarenta y dos.

63 Asimismo entre los sacerdotes, los hijos de Había, los hijos de Acós, los hijos de Berzellai, el que casó con una de las hijas de Berzellai el galaadita, y tomó su apellido. 64 Estos buscaron su genealogía en el censo, y no la hallaron, por lo que fueron excluidos del sacerdocio [11]. 65 Y les dijo Atersata, esto es, Nehemías [12], que no comiesen de las carnes santificadas, hasta tanto que hubiese un sumo sacerdote docto y perfecto, que decidiese el punto.

Los totales y las ofrendas

66 Toda esta gente, reunida como si fuera un solo hombre [13], ascendía a cuarenta y dos mil trescientos sesenta, 67 sin contar sus siervos y siervas que eran siete mil trescientos treinta y siete; y había entre ellos doscientos cuarenta y cinco cantores y cantoras [14]. 68 Sus caballos eran setecientos treinta y seis [15]; los mulos doscientos cuarenta y cinco. 69 Sus camellos cuatrocientos treinta y cinco; los asnos seis mil setecientos veinte. Hasta aquí se

ha referido lo que se hallaba escrito en el Libro del Censo [16]; de aquí en adelante sigue la historia de Nehemías.

[70] Contribuyeron, pues, a la construcción algunos de los jefes de las familias. Atersata puso en el tesoro mil dracmas o monedas de oro [17], cincuenta tazas y quinientas treinta túnicas sacerdotales. [71] Y varios jefes de familias dieron para el tesoro de la obra veinte mil dracmas de oro y dos mil doscientas minas de plata. [72] Lo que dio el resto del pueblo fueron veinte mil dracmas de oro, y dos mil minas de plata, y sesenta y siete túnicas sacerdotales.

[73] Después los sacerdotes y los levitas, los porteros y cantores, y todo el pueblo, y los natineos y todo Israel habitaron cada uno en su ciudad.

¿Sabías que?

En los últimos años se han publicado unas doscientas tablillas cuneiformes de una aldea de Babilonia llamada Al-Yahudu, «la ciudad de Judá», y de otras cercanas. Según sus editores, van del 572 al 477 a. C., es decir, de unos quince años después de la caída de Jerusalén a unos treinta años antes de la misión de Nehemías: contratos, recibos y préstamos de familias desterradas, muchas con nombres que contienen el de Dios, como los que terminan en -yahu. Son los «hijos de la provincia» que se quedaron en Babilonia o volvieron más tarde: la otra cara de la lista de este capítulo.

Esdras 2 y Nehemías 7: una lista copiada dos veces

Dato	Esdras 2	Nehemías 7
Jefes	Once, de Zorobabel a Baana (2,2)	Doce: añade a Nahamani (7,7)
Hijos de Area	775 (2,5)	652 (7,10)
Hijos de Zetúa	945 (2,8)	845 (7,13)
Hijos de Azgad	1.222 (2,12)	2.322 (7,17)
Hijos de Adín	454 (2,15)	655 (7,20)
Betel y Hai	223 (2,28)	123 (7,32)
Hijos de Megbis	156 (2,30)	No figuran
Hijos de Senaa	3.630 (2,35)	3.930 (7,38)
Cantores de Asaf	128 (2,41)	148 (7,45)
Cantores y cantoras	200 (2,65)	245 (7,67)
Suma de las partidas	29.818	31.089
Total declarado	42.360 (2,64)	42.360 (7,66)
Ofrendas	61.000 sueldos de oro, 5.000 marcos de plata, 100 vestiduras sacerdotales (2,69)	41.000 dracmas de oro, 4.200 minas de plata, 597 túnicas sacerdotales y 50 tazas (7,70-72)

Una selección de las diferencias (para cada familia, ver Esd 2). Las cifras se copiaban a mano, quizá con signos fáciles de confundir, y pudo haber dos redacciones del registro; el total, idéntico en los dos libros, debe de incluir a personas que no figuran en las partidas. En Esdras, la ofrenda es para la casa de Dios; en Nehemías, la dan el gobernador, los jefes y el pueblo «para la obra». La frase latina que cierra 7,69 no es del texto bíblico (ver nota a 7,69).

PARA PROFUNDIZAR

La ciudad vacía y el libro de los nombres

«Era la ciudad muy ancha y capaz, y la gente que la habitaba poca» (7,4). Después de cincuenta y dos días de trabajo, burlas y amenazas, la muralla está terminada, las puertas colocadas y los guardias en su puesto. Pero dentro casi no hay nadie, y las casas siguen en ruinas. Una muralla sin pueblo es solo un cascarón. El capítulo 7 empieza a responder a ese problema, que el capítulo 11 resolverá trayendo a vivir a la ciudad a uno de cada diez (11,1-2).

Nehemías no se lanza a un plan propio: «Dios inspiró en mi corazón» reunir al pueblo e inscribirlo por familias (7,5). Y al buscar, encuentra algo que ya existía: el registro de los primeros que habían vuelto con Zorobabel, casi cien años antes. Lo copia entero, aunque ya estaba en el libro de Esdras (Esd 2). ¿Por qué repetirlo? Probablemente porque esa lista era el documento que decía quién pertenecía al pueblo, de qué familia y de qué ciudad: algo así como un título de identidad y de propiedad. Antes de repoblar Jerusalén había que saber quiénes eran los herederos de la vuelta, qué casas y campos les correspondían y qué sacerdotes podían servir en el templo (7,61-65). Copiar la lista era también afirmar una continuidad: el pueblo de Nehemías es el mismo que salió de Babilonia por el decreto de Ciro.

Las dos copias no coinciden en todo: cambian algunas cifras y algunos nombres, y la suma de las partidas no da el total que las dos indican, 42.360 (ver el cuadro al final del capítulo). No hace falta hablar de contradicciones. Las cifras se copiaban a mano, quizá con signos fáciles de confundir; pudo haber dos redaccio-

nes del registro, hechas en momentos distintos; y el total incluye seguramente a personas que no figuran en las partidas. La Vulgata añadió al final una frase que señala dónde termina la copia (ver nota a 7,69). Lo que importa es que el pueblo se reconoce «como un solo hombre» (7,66) y sigue llamando a sus familias por su nombre. Siglos después, la Misná recordaba todavía que algunas de ellas, como las de Area, Farós, Senaa, Zetúa, Fahat Moab y Adín, tenían cada una su día para llevar la leña del altar (Taanit 4,5; cf. 10,34).

Para muchos lectores, estas páginas son las más áridas de la Biblia. San Jerónimo no pensaba así. Al presentar los libros de Esdras y Nehemías, recordaba que en ellos aparecen los sacerdotes y levitas, los israelitas y los prosélitos, y hasta las familias a las que se asignó cada tramo de muralla y cada torre, y advertía que esas noticias tienen «un sentido en la superficie y otro debajo» (*Carta* 53,8). Detrás de cada «hijos de» hay una historia de fidelidad: familias que guardaron su memoria durante el destierro y decidieron emprender un viaje de meses hacia una tierra en ruinas.

La Biblia entera habla de nombres escritos ante Dios. Moisés pide ser borrado del libro de Dios si el pueblo no es perdonado (Éx 32,32-33); un salmo imagina al Señor inscribiendo a los pueblos en el registro de Sión: «este nació allí» (Sal 87,6); Isaías llama santo a «todo el que esté inscrito para la vida en Jerusalén» (Is 4,3), y Daniel anuncia la salvación de los que «se hallen escritos en el libro» (Dn 12,1). Jesús dice a los discípulos que su alegría no esté en sus éxitos, sino en que «vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lc 10,20); san Pablo habla de sus colaboradores, «cuyos

nombres están en el libro de la vida» (Flp 4,3); la carta a los Hebreos, de «la asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos» (Heb 12,23), y el Apocalipsis, de la Jerusalén nueva, donde solo entran «los inscritos en el libro de la vida del Cordero» (Ap 21,27).

Uno de los nombres de esta lista llega hasta el Evangelio: Zorobabel, el primero de los jefes (7,7), está en las genealogías de Jesús (Mt 1,12-13; Lc 3,27). Las listas de Israel preparan la venida del que recibirá «el nombre que está sobre todo nombre» (Flp 2,9). La ciudad vacía de Nehemías esperaba a sus habitantes; la Iglesia es también una ciudad que espera, donde cada nombre cuenta, y donde caminan con el pueblo incluso los que, como los seiscientos cuarenta y dos de 7,61-62, no pudieron probar su linaje.

PAUSA

1. La muralla estaba terminada, pero la ciudad estaba vacía. ¿Hay en tu vida estructuras bien construidas a las que les falta vida?
2. Nehemías encontró la lista de los que habían vuelto antes que él. ¿A quiénes debes tú tu fe, y cuándo fue la última vez que los recordaste ante Dios?
3. «Vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lc 10,20). ¿Qué cambia en tu día saber que Dios te conoce por tu nombre?

Para orar. *Señor, que conoces a cada uno por su nombre, escribe el mío en tu libro y haz de mí una piedra viva de tu ciudad.*

8

Esdras lee la Ley

Terminada la muralla, el libro deja de hablar de piedras y empieza a hablar de un pueblo. El capítulo tiene tres partes: la gran lectura de la Ley el primer día del mes séptimo, en la plaza de la puerta de las Aguas (vv. 1-8); el llanto del pueblo y la orden de hacer fiesta, porque «el gozo del Señor es nuestra fortaleza» (vv. 9-12), y el descubrimiento, al día siguiente, de la fiesta de las Tiendas, que todos celebran en cabañas de ramas mientras Esdras sigue leyendo (vv. 13-18). Es la página que la Iglesia elige cuando quiere hablar de la Palabra proclamada en la asamblea.

La lectura ante la puerta de las Aguas

1 Era ya llegado el mes séptimo [1], y los hijos de Israel que
estaban cada uno en su ciudad, se congregaron todos
unánimes [2], y de común acuerdo, en la plaza que cae en-
frente de la puerta de las Aguas [3], y pidieron a Esdras, es-
criba o doctor [4], que trajese el libro de la ley de Moisés [5],
que había dado el Señor a Israel. 2 Presentó, pues, Esdras,
sacerdote, la ley a la multitud de hombres y mujeres y de
cuantos eran capaces por su edad de entenderla [6], el pri-
mer día del mes séptimo. 3 Y leyó aquel libro, con voz cla-
ra, en la plaza situada delante de la puerta de las Aguas,
desde la mañana hasta el medio día [7], en presencia de los

hombres y de las mujeres y de los sabios; y todo el pueblo tenía sus oídos atentos a la lectura del libro. 4 El escriba Esdras se puso en pie en una tribuna de madera [8] que había mandado hacer para este fin de hablar al pueblo; y a su lado estaban Matatías, y Semeía, y Anía, y Uría, y Helcía, y Maasía a la derecha; y a la izquierda Fadaía, Misael, Melquías, y Hasum y Hasbadana, Zacarías y Mosollam.

5 Abrió, pues, Esdras el libro a vista de todo el pueblo, como que se hallaba en un lugar más elevado que todos; y así que lo abrió, se puso en pie toda la gente [9]. 6 Entonces Esdras bendijo al Señor, Dios grande, con una oración que hizo [10]; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: ¡Amén!, ¡amén! [11] Y se arrodillaron todos, y postrados rostro por tierra, adoraron a Dios. 7 Los levitas Josué, Bani, y Serebías, Jamín [12], Accub, Septai, Odía, Maasía, Celita, Azarías, Jozabed, Hanán y Falaía cuidaban de hacer guardar silencio al pueblo para que oyese la ley; y estaba la gente en pie, cada uno en su lugar. 8 Y leyeron el libro de la ley de Dios clara y distinguidamente [13], de modo que se entendiese [14]; y en efecto, entendieron cuanto se iba leyendo.

«El gozo del Señor es nuestra fortaleza»

9 Y Nehemías (que es el mismo Atersata o copero del rey [15]), y Esdras sacerdote y escriba, y los levitas, que interpretaban la ley a todo el pueblo, dijeron: Este día está

consagrado al Señor Dios nuestro; no gimáis, ni lloréis. Porque todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la ley [16]. 10 Y les dijo Nehemías: Id, y comed carnes gordas y buenas [17], y bebed del vino dulce y exquisito, y enviad porciones a aquellos que nada tienen dispuesto; pues éste es el día santo del Señor; y no estéis tristes porque el gozo del Señor es nuestra fortaleza [18]. 11 Asimismo los levitas exhortaban a todo el pueblo al silencio, diciendo: Callad; pues el día este es santo, y no debéis estar tristes. 12 Con eso se retiró toda la gente a comer y beber, y a repartir porciones y celebrar una gran fiesta, por haber entendido las palabras que se les habían explicado [19].

La fiesta de las Tiendas

13 Al segundo día se juntaron los príncipes de las familias de todo el pueblo, los sacerdotes y levitas, delante de Esdras escriba, para que les interpretase las palabras de la ley. 14 Y hallaron escrito en el libro de la ley que el Señor había mandado por medio de Moisés que los hijos de Israel habitasen en tiendas en el día solemne del mes séptimo [20]; 15 y que se predicase, y pregonase por todas sus ciudades, y en Jerusalén este bando: Salid al monte, y traed ramos de olivo [21], y ramos de los árboles más hermosos, ramos de mirto y ramos de palmas, y ramos de árboles frondosos para formar tabernáculos o cabañas, conforme está escrito.

16 Salió, pues, el pueblo y los trajo; y cada uno se hizo su tabernáculo o cabaña sobre el terrado de su casa [22], y en sus patios, y en los atrios de la casa de Dios, y en la plaza de la puerta de las Aguas, y en la plaza de la puerta de Efraín.
17 De esta suerte toda la multitud de los que habían vuelto de la cautividad hicieron sus tabernáculos, y habitaron en ellos; que nunca lo habían practicado los hijos de Israel como ahora con tanto gozo, desde el tiempo de Josué, hijo de Nun [23]. Su regocijo fue sin igual. 18 Y Esdras leyó todos los días en el libro de la ley de Dios [24], desde el día primero al último; y celebraron la fiesta por siete días, y en el octavo la colecta, según el rito [25].

¿Sabías que?

La tribuna de Esdras se llama en la traducción griega bema xylinon, «estrado de madera». La palabra pasó al hebreo como bimá: así llama la Misná al estrado de madera que se levantaba en el atrio del templo para que el rey leyera la Ley en la fiesta de los Tabernáculos (Sotá 7,8), y así se llama todavía la plataforma desde la que se lee la Torá en la sinagoga. Entre los cristianos de Oriente, bema es el presbiterio elevado de la iglesia, y en bastantes iglesias antiguas del norte de Siria era un estrado en medio de la nave, desde donde se hacían las lecturas. Esdras, de pie sobre su tarima de madera, es en cierto modo el antepasado del lector que sube al ambón.

De la puerta de las Aguas al ambón

Nehemías 8	La liturgia de la Palabra
Todo el pueblo, «como un solo hombre» (8,1-2)	La asamblea reunida el domingo
Piden a Esdras que traiga el libro (8,1)	El evangeliario, llevado y venerado
Una tribuna de madera, «o púlpito» (8,4)	El ambón
Todos se ponen en pie (8,5)	De pie para escuchar el Evangelio
«¡Amén!, ¡amén!», con las manos alzadas (8,6)	Las aclamaciones del pueblo
Se lee «clara y distinguidamente» (8,8)	Una lectura «audible e inteligible»
Los levitas hacen comprender (8,7-8)	La homilía
«Callad; pues el día este es santo» (8,11)	Los momentos de silencio
El pueblo llora al oír la ley (8,9)	La Palabra que llama a la conversión
«Este día está consagrado al Señor» (8,9-10)	El domingo, día de alegría
Porciones para los que no tienen nada (8,10.12)	La colecta para los necesitados

Ver Catecismo, nn. 1154, 1184, 1348-1351 y 2185, e *Instrucción General del Misal Romano*, nn. 29, 56 y 60. Jesús leyó y explicó la Escritura en Nazaret (Lc 4,16-21), el evangelio que acompaña a Neh 8 el tercer domingo del tiempo ordinario del ciclo C, desde 2019 Domingo de la Palabra de Dios (*Aperuit illis*, n. 3).

PARA PROFUNDIZAR

Esdras lee la Ley: el pueblo, la Palabra y la liturgia

La escena de Nehemías 8 se lee casi como un rito. Es el primer día del mes séptimo, día de fiesta. Todo el pueblo, hombres, mujeres

y cuantos tenían edad para entender, se reúne «como un solo hombre» en una plaza, junto a la puerta de las Aguas, y pide a Esdras que traiga el libro de la ley de Moisés. Esdras sube a una tribuna de madera construida para la ocasión, abre el libro a la vista de todos, y todos se ponen en pie. Bendice al Señor, y el pueblo responde «Amén, amén», con las manos alzadas, y se postra en tierra. Se lee desde el alba hasta el mediodía, mientras los levitas «hacen comprender» lo que se lee. El pueblo llora, y Nehemías, Esdras y los levitas lo invitan a la fiesta: comer, beber y mandar porciones a los que no tienen nada, «porque el gozo del Señor es nuestra fortaleza».

Dos verbos dominan el capítulo: leer y entender. El v. 8 resume el método: leyeron el libro «clara y distinguidamente», es decir, explicándolo, y daban el sentido, de modo que el pueblo entendió la lectura. El Talmud vio aquí el origen del targum, la traducción aramea que acompañó durante siglos la lectura de la Torá en la sinagoga (Meguilá 3a), y Benedicto XVI ve en este momento el comienzo de la traducción de la Biblia (*Verbum Domini*, n. 115). La palabra de Dios no es un sonido sagrado que basta oír: quiere ser comprendida, y por eso necesita a alguien que la explique. Comprendida, conmueve hasta las lágrimas; pero la última palabra no es la tristeza, sino la alegría compartida con los pobres.

La página tiene su lugar en la historia de Israel. Moisés había mandado leer la Ley ante todo el pueblo en la fiesta de las Tiendas (Dt 31,10-13), y Josías la leyó en el templo al renovar la alianza (2 Re 23,1-3; ver en Deuteronomio el ensayo «"El libro de la ley": de Moisés a Josías»). Aquí sucede algo nuevo: no hay rey ni sacrificio, y la asamblea se reúne en una plaza alrededor de un libro.

Según la Comisión Bíblica, «el judaísmo tomó una coloración religiosa particular debido al hecho de la proclamación de la Ley por Esdras», y poco a poco las sinagogas se convirtieron en un factor importante de la vida judía (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 66). Quedan preguntas abiertas: qué contenía exactamente el libro, y si la escena seguía en su origen a la reforma de Esdras, como en el libro griego llamado 1 Esdras y en Flavio Josefo (ver la introducción a Esdras).

De la puerta de las Aguas a la sinagoga, y de la sinagoga a la Iglesia. En tiempos de Jesús, «Moisés es leído cada sábado en las sinagogas» (Hch 15,21). En Nazaret, Jesús se pone en pie, lee a Isaías, se sienta y explica: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,16-21); la Iglesia proclama ese evangelio con Nehemías 8 el tercer domingo del tiempo ordinario del ciclo C. Hacia el año 155, san Justino describe la reunión del domingo con el mismo esquema: se leen los escritos de los profetas y las memorias de los apóstoles, y el que preside exhorta a imitar lo que se ha leído (Catecismo, n. 1345). El Catecismo reconoce que la liturgia de la Palabra «tiene su origen en la oración judía» (n. 1096), y la Iglesia conserva como parte irrenunciable de su culto la lectura del Antiguo Testamento (n. 1093).

Por eso los gestos de Nehemías 8 se reconocen en la misa: la asamblea reunida, el libro llevado y venerado, el ambón elevado, la lectura «audible e inteligible», la homilía, las aclamaciones del pueblo (Catecismo, n. 1154; ver el cuadro «De la puerta de las Aguas al ambón»). Detrás de ellos hay una fe: «cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 7), y la Iglesia venera las Escrituras como venera el

Cuerpo del Señor (Catecismo, n. 103). No es casualidad que esta página se lea en la misa de la dedicación de una iglesia y en la institución de los lectores, ni que el papa Francisco la comentara al dedicar a la Palabra de Dios el tercer domingo del tiempo ordinario: la Biblia «pertenece, en primer lugar, al pueblo convocado para escucharla y reconocerse en esa Palabra» (*Aperuit illis*, nn. 3-4).

PAUSA

1. El pueblo pidió a Esdras que trajera el libro. ¿Buscas tú la palabra de Dios, o esperas a que alguien te la traiga?
2. Los levitas «hacían comprender» la Ley. ¿Quién te ha ayudado a entender la Escritura, y a quién podrías ayudar tú?
3. Nehemías mandó hacer fiesta y enviar porciones a los que no tenían nada. ¿Es tu domingo un día de alegría compartida?

Para orar. *Señor, abre mis oídos a tu palabra, y que tu gozo sea mi fortaleza.*

9

La gran oración penitencial

Dos días después de la fiesta de las Tiendas, el pueblo vuelve a reunirse en ayuno, con sacos y polvo. El capítulo tiene dos partes: la asamblea penitencial, con la lectura de la Ley y la confesión de los pecados (vv. 1-5), y la gran oración de los levitas (vv. 6-37), la más larga del libro, que cuenta a Dios toda la historia de su pueblo: la creación, Abrahán, el éxodo, el Sinaí, el desierto, la tierra, los jueces, los profetas y el destierro. El pueblo se rebela una y otra vez, y Dios no lo abandona. Al final, todos se comprometen por escrito (v. 38).

Ayuno y confesión

1 Mas el día veinticuatro de dicho mes [1], se juntaron los hijos de Israel, observando el ayuno, y vestidos de sacos, y
cubiertos de polvo y ceniza. 2 Y el linaje de los hijos de Is-
rael se había ya separado de todos los extranjeros [2]; y pre-
sentándose delante del Señor confesaban sus pecados y las
maldades de sus padres. 3 Y se pusieron de pie, y se hizo la
lectura en el libro de la ley del Señor Dios suyo cuatro ve-
ces al día [3], y otras tantas alababan y adoraban al Señor su
Dios. 4 A este fin, subieron a la tribuna de los levitas Josué,
y Bani, y Cedmihel, Sabanía, Bonni, Serebías, Bani y Ca-
nani, y clamaron en voz alta al Señor su Dios. 5 Y los levi-

tas Josué y Cedmihel, Bonni, Hasebnía, Serebías, Odaía, Sebnía, Fatahía, dijeron: Levantaos, bendecid al Señor Dios vuestro [4] que existe siempre y por toda la eternidad. Sea, oh Señor, bendito tu excelso y glorioso Nombre, con toda suerte de bendiciones y alabanzas.

Del cielo al desierto

6 Tú mismo, oh Señor, tú solo hiciste el cielo, y el cielo de
los cielos [5] donde habitas, y toda su milicia celestial, la
tierra, y cuanto ella contiene, y los mares y todo lo que hay
en ellos; y tú das vida o conservas todas estas cosas [6], y a ti
te adora el ejército o milicia celestial. 7 Tú fuiste, oh Señor
Dios, el que elegiste a Abram y le sacaste de Ur de los
caldeos [7], y le pusiste el nombre de Abrahán, 8 y hallaste
fiel su corazón en tu presencia [8] y pactaste con él que le
darías la tierra del cananeo, del heteo, del amorreo, y del
ferezeo, y del jebuseo, y del gergeseo, entregándosela a sus
descendientes; y cumpliste tu palabra, pues eres justo.

9 Y miraste la aflicción de nuestros padres en Egipto, y es-
cuchaste sus clamores junto al mar Rojo, 10 y obraste mila-
gros y portentos contra el faraón, y contra todos sus cria-
dos, y contra todo el pueblo de aquella tierra, porque sa-
bías que ellos nos habían tratado con soberbia e insolen-
cia; y te ganaste el nombre de Dios grande, que conservas
hoy. 11 Y dividiste el mar ante nuestros padres, que pasaron
por medio de él, seco el suelo; y arrojaste al profundo a sus

perseguidores, como piedra que cae en un abismo de aguas. 12 Fuiste en el día su conductor desde una columna de nube, y por la noche desde una columna de fuego, para mostrarles la senda por donde habían de caminar.

13 Tú asimismo descendiste al monte Sinaí, y hablaste con ellos desde el cielo; y les diste preceptos de justicia y la ley de la verdad [9], y ceremonias, y mandamientos buenos. 14 Y les enseñaste a consagrar a ti el sábado; y les promulgaste tus instrucciones, y ceremonias, y la ley por ministerio de Moisés, tu siervo. 15 También les diste pan del cielo [10], estando hambrientos; y cuando tuvieron sed hiciste brotar agua de una peña; y les dijiste que entrasen a poseer la tierra, que alzada tu mano o con juramento habías prometido darles.

16 Pero así ellos como nuestros padres obraron con soberbia y altanería, y endurecieron sus cervices, y no obedecieron tus mandamientos. 17 No quisieron escucharte ni acordarse de las maravillas que a favor de ellos hiciste; antes endurecieron sus cervices, y como rebeldes quisieron elegirse un caudillo para volverse a su esclavitud de Egipto [11]. Pero tú, oh Dios propicio, clemente y misericordioso, de larga espera, y de mucha benignidad [12], no los abandonaste, 18 ni aun cuando se forjaron un becerro de fundición, dijeron: Éste, oh Israel, es tu Dios [13], el que te ha sacado de Egipto, y cometieron horribles blasfemias.

19 Tú, no obstante, por tu gran misericordia no los abandonaste en el desierto; no se apartó de ellos en el día la columna de nube que les mostraba el camino, ni de noche la columna de fuego para enseñarles la senda que habían de seguir. 20 Les diste tu espíritu bueno [14] que los instruyese por medio de Moisés, y no quitaste tu maná de la boca, y cuando sedientos, les diste agua. 21 Por cuarenta años los alimentaste en el desierto, y nada les faltó; sus vestidos no se gastaron, ni se lastimaron sus pies.

En la tierra: rebeldía y misericordia

22 Y los hiciste dueños de reinos y pueblos, y se los repartiste por suertes; y así poseyeron el país de Sehón, el país del rey de Hesebón, y el país de Og, rey de Basaán. 23 Y multiplicaste sus hijos como las estrellas del cielo, y los trajiste a la tierra, de la cual habías dicho a sus padres que entrarían a poseerla. 24 En efecto, vinieron los hijos y la poseyeron; y tú abatiste delante de ellos a los cananeos que la habitaban, y los entregaste en su poder con sus reyes y pueblos del país, para que hiciesen de ellos lo que quisiesen [15]. 25 Se apoderaron, pues, de las ciudades fuertes, y de una tierra fértil, y ocuparon casas llenas de toda suerte de bienes; hallaron cisternas ya construidas por otros, viñas, y olivares, y muchos árboles frutales; y comieron y se saciaron, y se engrosaron, y nadaron en delicias, merced a tu gran bondad.

26 Ellos provocaron tu ira, apartándose de ti, y echando tu
ley al trenzado [16], y mataron a tus profetas [17] que los con-
juraban para que se convirtiesen a ti, y cayeron en grandes
abominaciones. 27 Por lo cual los entregaste en poder de
sus enemigos que los oprimieron. Mas en su tribulación,
clamaron a ti, y tú desde el cielo los escuchaste, y por tu
mucha misericordia les diste salvadores [18], que los liber-
tasen del poder de sus enemigos. 28 Así que estuvieron en
reposo, volvieron a cometer la maldad en tu presencia; y
tú los abandonaste en manos de sus enemigos, que los es-
clavizaron. De nuevo se convirtieron y clamaron a ti, y tú
desde el cielo los escuchaste, y por tu gran misericordia los
libertaste repetidas veces.

29 Y los exhortaste vivamente a volver a tu ley; pero ellos
procedieron con altivez, y no obedecieron tus manda-
mientos, y pecaron contra tus leyes, en cuya observancia
halla el hombre la vida [19], y rezongones sacudieron la car-
ga del hombro [20], y endurecieron su cerviz, y no hicieron
caso. 30 Sin embargo, tú los aguantaste por muchos años, y
los amonestaste por medio de tu espíritu, hablándoles por
boca de los profetas [21]; pero no quisieron escuchar; y los
entregaste en poder de los pueblos de las naciones. 31 Si
bien por tu grandísima e infinita misericordia no acabaste
con ellos, ni los abandonaste, porque tú eres un Dios de
benignidad y de clemencia.

«Justo eres tú»

32 Ahora pues, oh Dios nuestro, Dios grande, fuerte y terrible, que guardas el pacto y la misericordia, no apartes los
ojos, compadécete de todos los trabajos que han llovido
sobre nosotros, sobre nuestros reyes, y nuestros príncipes,
y nuestros sacerdotes, y nuestros profetas, y nuestros pa-
dres, y sobre tu pueblo todo, desde el tiempo del rey de
Asiria, que nos llevó cautivos [22], hasta el día de hoy.
33 Justo eres tú en todos estos males [23] que han llovido so-
bre nosotros; porque tú has cumplido fielmente las pro-
mesas; mas nosotros hemos procedido inicuamente.
34 Nuestros reyes, nuestros magnates, nuestros sacerdotes,
y nuestros padres no han guardado tu ley [24], no han aten-
dido a tus mandamientos, ni a las amonestaciones con que
los reconvenías. 35 Al contrario, mientras reinaban y goza-
ban de los muchos beneficios que les hacías, y de esta espa-
ciosa y feraz tierra que habías entregado a su disposición,
ni te sirvieron, ni se apartaron de sus pésimas inclinacio-
nes.

36 Y he aquí que nosotros mismos somos hoy esclavos; y en
esta tierra que diste a nuestros padres para que comiesen
el pan y los frutos de ella, en ella misma nos hallamos sier-
vos del rey de Babilonia [25]. 37 Se multiplican sus frutos en
pro de los reyes, a los cuales nos sujetaste por nuestros pe-
cados; ellos son los dueños de nuestros cuerpos y de nues-

tras bestias, según su antojo; con lo que vivimos en gran tribulación.

38 Consideradas, pues, todas estas cosas, nosotros mismos prometemos alianza o fidelidad [26]; y la ponemos por escrito y la firman nuestros príncipes de las familias, nuestros levitas y nuestros sacerdotes.

¿Sabías que?

Los judíos rezan cada mañana el comienzo de esta oración. En la parte de alabanzas de la oración matutina, después de la bendición de David (1 Cr 29,10-13), se recitan los vv. 6-11 de este capítulo, «Tú eres el Señor, tú solo...», y a continuación el cántico de Moisés junto al mar (Éx 15): la historia de la salvación desemboca cada día en el paso del mar. En algunas comunidades, cuando hay una circuncisión, las palabras del v. 8, «y pactaste con él», se dicen en voz alta y alternada, porque recuerdan la alianza con Abrahán. La costumbre de añadir estos textos a la oración se menciona ya en la época de los gaones, los grandes maestros judíos de Babilonia, hacia el siglo IX.

La historia de la salvación en la oración de Nehemías 9

Texto	Etapa	Dónde se cuenta
9,6	La creación: cielo, tierra, mar y sus ejércitos	Gn 1; Sal 148
9,7-8	Abrahán, elegido y hallado fiel; la promesa de la tierra	Gn 11,31; 15; 17,5
9,9-11	Egipto, las señales contra el faraón y el paso del mar	Éx 3,7; 14 – 15
9,12.19	La columna de nube y de fuego	Éx 13,21-22
9,13-14	El Sinaí y el sábado	Éx 16,23-30; 19 – 20
9,15.20-21	El maná, el agua de la roca, «tu espíritu bueno»	Éx 16 – 17; Nm 11,17
9,16-18	La rebelión: un jefe para volver a Egipto; el becerro	Nm 14,4; Éx 32
9,22-25	Sehón, Og y la tierra «llena de toda suerte de bienes»	Nm 21,21-35; Dt 6,10-11
9,26-28	Los jueces: pecado, opresión, clamor y «salvadores»	Jue 2,11-19; 3,9
9,26.29-30	Los profetas, desoídos y perseguidos	2 Re 17,13-15; 2 Cr 24,20-22; 36,15-16
9,30.32	Asiria, Babilonia, el destierro	2 Re 17; 25
9,36-37	«Hoy somos esclavos» de los reyes de Persia	Esd 9,8-9
9,38	El compromiso por escrito	Neh 10

Los Salmos 78, 105, 106 y 136 (77, 104, 105 y 135 en Torres Amat) y el discurso de Esteban (Hch 7) recorren la misma historia. El estribillo de esta oración es la fidelidad de Dios: «no los abandonaste» (vv. 17, 19 y 31).

PARA PROFUNDIZAR

Confesar la historia: la gran oración penitencial de Nehemías 9

El día veinticuatro del mes séptimo el pueblo vuelve a reunirse, esta vez en ayuno, con sacos y tierra sobre la cabeza. Pasa un cuarto del día escuchando la Ley y otro cuarto confesando sus pecados y adorando; después, desde su tribuna, los levitas invitan a bendecir al Señor y pronuncian la oración más larga del libro (9,6-37), que la traducción griega pone en labios de Esdras. A primera vista es una oración extraña: casi no pide nada. Durante veintiséis versículos (vv. 6-31) cuenta a Dios lo que Dios ha hecho, y solo al final, en el v. 32, se atreve a suplicar.

El relato sigue el orden de la Biblia (ver el cuadro «La historia de la salvación en la oración de Nehemías 9»): la creación; la elección de Abrahán, cuyo corazón Dios «halló fiel»; el éxodo, el Sinaí y el sábado; el maná, el agua y el «espíritu bueno»; la tierra, los jueces, los profetas y el destierro. Dos hilos se entrelazan. Uno es el de Dios, sujeto de casi todos los verbos: tú elegiste, tú viste, tú dividiste el mar, tú les diste. El otro es el del pueblo, que responde con soberbia; el hebreo usa para los padres (vv. 16 y 29) el mismo verbo que para los egipcios que los oprimían (v. 10): el pueblo liberado se comporta como el faraón. Entre los dos hilos, un estribillo: «no los abandonaste» (vv. 17, 19 y 31), porque Dios es «propicio, clemente y misericordioso, de larga espera» (v. 17; Éx 34,6).

La oración pertenece a una familia de textos de la época del destierro y del regreso: la oración de Esdras (Esd 9,6-15), la de Daniel

(Dn 9,4-19), la de Baruc (Bar 1,15 – 3,8) y los salmos que recorren la historia, como el 78, el 105, el 106 y el 136 (77, 104, 105 y 135 en Torres Amat). En el Nuevo Testamento, el discurso de Esteban hace el mismo recorrido, de Abrahán al templo, y termina también recordando a los profetas perseguidos (Hch 7). Todas estas oraciones hablan el mismo lenguaje: la justicia de Dios y la culpa propia. «Justo eres tú en todos estos males», dice Nehemías 9, «porque tú has cumplido fielmente las promesas; mas nosotros hemos procedido inicuamente» (9,33).

Lo notable es quién confiesa. El pueblo no acusa a los egipcios, ni a los cananeos, ni a los reyes de Asiria: confiesa sus pecados y los de sus padres, sus reyes, sus príncipes y sus sacerdotes (9,2.34), y se reconoce en ellos. La Comisión Teológica Internacional, en el documento que publicó en vísperas del Jubileo del año 2000 sobre la Iglesia y las culpas del pasado, cuenta esta oración entre las confesiones bíblicas que unen las culpas de los antepasados a las de la generación presente (*Memoria y reconciliación*, 1999, cap. 2.1 y nota 34). El Catecismo enseña que pedir perdón es «el primer movimiento de la oración de petición», y que tanto la Eucaristía como la oración personal empiezan por ahí (n. 2631); la conversión, además, es antes que nada obra de la gracia: «Conviértenos, Señor, y nos convertiremos» (n. 1432; Lam 5,21).

Confesar la historia es también una manera de esperar. Si Dios no abandonó a su pueblo en el desierto, ni en la tierra, ni en el destierro, tampoco lo abandonará ahora, cuando son «esclavos» en su propia tierra (9,36-37). Por eso la oración no termina en la desesperación, sino en un compromiso escrito (9,38). La Iglesia hace algo parecido en su gran oración: la cuarta plegaria eucarís-

tica del Misal Romano alaba al Padre recordando la creación, la amistad perdida por la desobediencia, un Dios que no abandonó al hombre al poder de la muerte, que ofreció una y otra vez su alianza y educó a su pueblo por medio de los profetas, hasta enviar a su Hijo. Recordar ante Dios no es nostalgia: es reconocer al que sigue actuando y dejarse convertir por él.

PAUSA

1. La oración cuenta a Dios toda la historia de su pueblo. Si contaras tu historia delante de él, ¿dónde podrías decirle: «no me abandonaste»?
2. El pueblo confesó sus pecados y los de sus padres sin acusar a nadie más. ¿Sabes pedir perdón sin buscar culpables fuera?
3. «Justo eres tú en todos estos males». ¿Puedes reconocer la fidelidad de Dios también en lo que te ha dolido?

Para orar. *Dios de los perdones, lento a la ira y rico en misericordia, no me abandones.*

10

La alianza firmada

El capítulo pone por escrito el compromiso con que terminó la oración (9,38). Tiene dos partes: la lista de los que sellaron el documento, encabezada por Nehemías, con veintiún sacerdotes, diecisiete levitas y cuarenta y cuatro jefes del pueblo (vv. 1-27), y las cláusulas que juran todos los demás: no casar a sus hijos con extranjeros, guardar el sábado y el año séptimo, y sostener el templo con el tercio de siclo, la leña, las primicias, los primogénitos y los diezmos (vv. 28-39). La última frase lo resume todo: «no descuidaremos el templo de nuestro Dios».

Los que firmaron

1 Los que firmaron, fueron: Nehemías Atersata o copero,
hijo de Haquelai, o Helcías [1], y Sedecías. 2 Saraías, Azarías, Jeremías, 3 Fesur, Amarías, Melquías, 4 Hattús, Sebenías, Melluc, 5 Harem, Merimut, Abdías, 6 Daniel, Gentón,
Baruc, 7 Mosollam, Abía, Miamín, 8 Maazía, Belgai, Semeía; todos ellos sacerdotes [2].

9 Los levitas fueron: Josué, hijo de Azanía, Bennui de los
descendientes de Henadad, Cedmihel, 10 y sus hermanos
Sebenía, Odaía, Celita, Falaía, Hanán, 11 Mica, Rohob, Hasebía, 12 Zacur, Serebías, Sabanía, 13 Odaía, Bani, Baninu.

14 Cabezas o principales del pueblo [3]: Farós, Fahatmoab,
Elam, Zetu, Bani, 15 Bonni, Azgad, Bebai, 16 Adonía, Be-
goai, Adín, 17 Ater, Hezecía, Azur, 18 Odaía, Hasum, Besai,
19 Haref, Anatot, Nebai, 20 Megfías, Mosollam, Hazir,
21 Mesizabel, Sadoc, Jeddúa, 22 Feltía, Hanán, Anaía,
23 Osee, Hananía, Hasub, 24 Alohés, Falea, Sobec, 25 Rehum,
Hasebna, Maasía, 26 Ecaía, Hanán, Anán, 27 Melluc, Harán,
Baana.

El juramento: los matrimonios y el sábado

28 En cuanto a los demás del pueblo, sacerdotes, levitas,
porteros y cantores, natineos y todos cuantos se habían se-
parado de las otras naciones, y abrazado la ley de Dios [4], y
asimismo, sus mujeres y sus hijos e hijas. 29 Todos los que
eran capaces de discernir y entender, lo prometieron por
medio de sus hermanos; viniendo los principales o mag-
nates entre ellos a prometer y jurar [5] que procederían se-
gún la ley de Dios, promulgada por medio de Moisés, sier-
vo de Dios y que guardarían y cumplirían todos los man-
damientos del Señor Dios nuestro, y sus preceptos y cere-
monias; 30 y que no daríamos nuestras hijas a varones de
otra nación [6], ni tomaríamos sus hijas para nuestros hi-
jos. 31 Asimismo que cuando los gentiles traen mercaderías
y comestibles en día de sábado, no se las compraremos en
sábado [7], ni en ningún otro día de fiesta; que dejaremos

descansar la tierra el año séptimo [8], y no exigiremos en él deuda ninguna.

El templo: tributo, leña, primicias y diezmos

32 Y que nos impondremos la ley de contribuir todos los años con la tercera parte de un siclo [9] para los gastos de la casa de nuestro Dios, a saber: 33 para los panes de la proposición [10], y para el sacrificio perpetuo, y para el holocausto que siempre se ofrece en todos los sábados, en las calendas, y en las fiestas solemnes; para los sacrificios pacíficos y los que se ofrecen por el pecado, a fin de que Dios sea propicio a Israel, y para todo el servicio de la casa de nuestro Dios. 34 Echamos también suertes entre los sacerdotes y levitas, y el pueblo, sobre la leña que se debía ofrecer [11], y conducir a costa de las familias de nuestros padres a la casa de nuestro Dios a sus tiempos, de un año para otro, para quemar sobre el altar del Señor Dios nuestro, según está escrito en la ley de Moisés.

35 Asimismo prometimos traer cada año a la casa del Señor las primicias de nuestra tierra [12], y las primicias de todos los frutos de cualquier árbol; 36 como también los primerizos de nuestros hijos [13] y de nuestros ganados, conforme está escrito en la ley, y los primerizos de nuestros bueyes, y de nuestras ovejas, para ofrecer todas estas cosas en la casa de nuestro Dios a los sacerdotes que están ejerciendo sus funciones en el templo de Dios nuestro.

37 Y que traeríamos a los sacerdotes para el tesoro de la
casa de nuestro Dios las primicias de nuestros alimentos, y
de nuestros licores [14], y de las frutas de todo árbol, y de la
vendimia, y del aceite; y el diezmo de nuestras tierras a los
levitas. Los mismos levitas recibirán en todas las ciudades
el diezmo de nuestras labores. 38 También los sacerdotes
hijos de Aarón entrarán con los levitas a la parte de los
diezmos de los levitas, pues éstos ofrecerán el diezmo de
su diezmo [15] en el templo de nuestro Dios, para ser depositado en las cámaras o almacenes del templo; 39 puesto que
así los hijos de Israel como los levitas han de llevar las primicias del trigo, del vino y del aceite al depósito; donde
han de estar los vasos sagrados, y los sacerdotes, y cantores, y porteros, y ministros por su turno; y no descuidaremos nosotros el templo de nuestro Dios [16].

¿Sabías que?

La ofrenda de la leña del v. 34 llegó a ser una fiesta. La Misná recuerda nueve días del año en que algunas familias llevaban leña al altar; entre ellas están las de Farós, Zetu, Fahat Moab y Adín, que figuran entre los firmantes de este capítulo (10,14-16), y la de Senaa, que está en la lista de 7,38 (Taanit 4,5). Flavio Josefo cuenta que en el año 66, al estallar la guerra contra Roma, se celebraba en el templo la fiesta de la «Xiloforia», en la que cada uno llevaba leña para el altar, para que nunca faltara combustible al fuego que debía arder siempre (*La guerra de los judíos* II, 17,6).

Lo que firmaron y lo que pasó después

Compromiso	Nehemías 10 y la Ley	En el capítulo 13
Matrimonios	10,30 · Éx 34,16; Dt 7,3	Mujeres de Azoto, Amón y Moab (13,23-27)
Sábado	10,31 · Éx 20,8-11; Jer 17,21	Se pisa la uva y se vende en sábado (13,15-22)
Año séptimo	10,31 · Éx 23,10-11; Dt 15,1-2	—
Tercio de siclo	10,32 · Éx 30,11-16 (medio siclo)	—
Leña	10,34 · Lv 6,12-13	Restablecida (13,31)
Primicias	10,35.37 · Éx 23,19; Nm 15,20-21	Restablecidas (13,31)
Primogénitos	10,36 · Éx 13,2.12-13	—
Diezmos	10,37 · Nm 18,21-24	No se pagaban; los levitas vuelven a sus campos (13,10-12)
Diezmo del diezmo	10,38 · Nm 18,26	Nuevos encargados «fieles» (13,13)
Las cámaras	10,38-39	El sacerdote Eliasib aloja allí a Tobías (13,4-9)
El templo	10,39: «no descuidaremos»	«¿Por qué hemos abandonado…?» (13,11)

Casi todo se había olvidado cuando Nehemías volvió de Susa (13,6); Malaquías denuncia abusos parecidos (Mal 2,10-16; 3,8-10). En las Biblias que siguen el hebreo, 10,1-39 es 10,2-40.

PARA PROFUNDIZAR

La alianza firmada: compromisos concretos

La gran oración termina con una decisión: «prometemos alianza o fidelidad; y la ponemos por escrito» (9,38). El hebreo la llama amaná, un compromiso firme, de la misma raíz que «Amén». Sellan el documento Nehemías, el primero, como gobernador; veintiún sacerdotes, diecisiete levitas y cuarenta y cuatro jefes del pueblo, en su mayoría cabezas de familias o de clanes. Los demás, con sus mujeres, sus hijos y sus hijas, «todos los que eran capaces de discernir y entender», se obligan con juramento y maldición (10,28-29), como la asamblea que había escuchado la Ley (8,2). Sorprende que Esdras no figure en la lista; el libro no lo explica.

Las cláusulas (ver el cuadro «Lo que firmaron y lo que pasó después») tocan tres terrenos. La identidad del pueblo: no casar a los hijos con los «pueblos de la tierra» (10,30). El tiempo: no comprar en sábado ni en día santo, dejar descansar la tierra el año séptimo y perdonar las deudas (10,31). El templo: un tercio de siclo al año para el culto, la leña para el altar repartida por suertes, las primicias, los primogénitos y los diezmos (10,32-38). La última frase lo resume: «no descuidaremos el templo de nuestro Dios» (10,39). No son grandes declaraciones, sino compromisos concretos, que se pueden verificar, y que tocan el dinero, el trabajo, la familia y el calendario.

Muchos de ellos aplican la Ley a situaciones que la Ley no preveía. La Torá prohíbe trabajar en sábado, pero no habla de comprar a extranjeros que traen sus mercancías; pide medio siclo en

el censo, no un tercio cada año; manda que el fuego del altar no se apague, pero no dice quién debe traer la leña. Los firmantes resuelven estas cuestiones «según está escrito» (10,34.36), es decir, interpretando lo escrito para cumplirlo de verdad. Algunos estudiosos, como D. J. A. Clines, ven en este capítulo uno de los primeros ejemplos de la interpretación de la Ley que el judaísmo desarrollará después; de hecho, la Misná conoce todavía los días de la ofrenda de la leña (Taanit 4,5).

La Biblia conoce otras renovaciones de la alianza: en el Sinaí (Éx 24,3-8), en Siquem con Josué (Jos 24), con el sacerdote Joíada (2 Re 11,17), con Josías (2 Re 23,1-3) y con Esdras (Esd 10,3). Y conoce también su fragilidad. El capítulo 13 muestra que, en ausencia de Nehemías, casi todo se incumplió: un sacerdote alojó a Tobías en una cámara del templo, los levitas no recibieron sus porciones y volvieron a sus campos, se compraba y se vendía en sábado y se celebraban matrimonios con mujeres extranjeras. Las palabras de 10,39 vuelven en boca de Nehemías: «¿Por qué hemos abandonado el templo de Dios?» (13,11). El profeta Malaquías denuncia en la misma época los diezmos no pagados (Mal 3,8-10). Los compromisos escritos son necesarios, pero no bastan: Jeremías había anunciado una alianza nueva, escrita en el corazón (Jer 31,31-34; 2 Cor 3,3).

La Iglesia conoce también compromisos concretos. Sus mandamientos garantizan a los fieles «el mínimo indispensable» de la vida cristiana: santificar el domingo y las fiestas, confesarse, comulgar, ayunar y «ayudar a la Iglesia en sus necesidades», cada uno según su posibilidad (Catecismo, nn. 2041-2043). Jesús pagó el impuesto del templo (Mt 17,24-27), y san Pablo organizó una co-

lecta para los pobres de Jerusalén (2 Cor 8–9). Cada año, en la Vigilia pascual, los fieles renuevan las promesas de su bautismo. Lo que cambia es la fuente: no basta firmar; hace falta la gracia que hace posible cumplir. Sobre los matrimonios con extranjeras, ver Esd 9–10 y el ensayo del capítulo 13.

PAUSA

1. El pueblo puso por escrito compromisos muy concretos. ¿Qué propósito concreto podrías tomar tú para vivir mejor el domingo?
2. «No descuidaremos el templo de nuestro Dios». ¿Cómo ayudas a tu comunidad y a los necesitados con tu tiempo y tus bienes?
3. Muchos de estos compromisos se olvidaron pronto (cap. 13). ¿Qué haces cuando descubres que no has cumplido lo que prometiste a Dios?

Para orar. *Señor, escribe tu ley en mi corazón, para que cumpla con amor lo que te prometo.*

11

Los que se quedan a vivir en Jerusalén

La muralla está terminada, pero la ciudad sigue casi vacía (7,4). Este capítulo cuenta cómo se pobló: los jefes ya vivían en Jerusalén; del resto del pueblo se sorteó uno de cada diez, y a ellos se sumaron voluntarios, a quienes el pueblo bendijo (vv. 1-2). Siguen dos listas: los que se establecieron en la ciudad santa, laicos de Judá y de Benjamín, sacerdotes, levitas, porteros y servidores (vv. 3-24), y las aldeas de Judá y de Benjamín donde vivía el resto (vv. 25-36). Detrás de los nombres hay una decisión costosa: dejar la tierra de los padres para que la ciudad de Dios no quedara desierta.

La décima parte para la ciudad santa

1 Los príncipes o magnates del pueblo fijaron su habitación
en Jerusalén; mas del resto de la gente se sacó por suerte la
décima parte para que se estableciese en Jerusalén, ciudad
santa [1], y las otras nueve en las demás ciudades. 2 Y el pue-
blo llenó de bendiciones a todos aquellos que se habían
ofrecido espontáneamente [2] a morar en Jerusalén.

Los que vivían en Jerusalén

3 Estos son, pues, los principales de Judea reducida a
provincia [3], que se establecieron en Jerusalén y en las ciu-

dades de Judá. Cada uno habitó en su posesión y en su ciudad así el pueblo de Israel como los sacerdotes y levitas, y natineos, y los hijos de los siervos de Salomón.

4 En Jerusalén se establecieron parte de los hijos de Judá, y parte de los hijos de Benjamín. De los hijos de Judá: Ataías, hijo de Aziam, hijo de Zacarías, hijo de Amarías, hijo de Safatías, hijo de Malaleel. De los hijos de Farés: 5 Maasía, hijo de Baruc, hijo de Coloza, hijo de Hazia, hijo de Adaía, hijo de Joyarib, hijo de Zacarías, hijo de un silonita. 6 Todos estos hijos de Farés [4] que se establecieron en Jerusalén, fueron cuatrocientos sesenta y ocho varones esforzados.

7 Los hijos de Benjamín fueron éstos: Sellum, hijo de Mosollam, hijo de Joed, hijo de Fadaía, hijo de Colaía, hijo de Masía, hijo de Eteel, hijo de Isaía; 8 y después de él Gebbai, Sellai, en todos novecientos veintiocho. 9 Y Joel, hijo de Zecri, era su prefecto, y Judas, hijo de Senua, ocupaba el segundo puesto en la ciudad [5].

10 De los sacerdotes fueron Idaía hijo de Joarib, Jaquín, 11 Saría, hijo de Helcías, hijo de Mosollam, hijo de Sadoc, hijo de Merayot, hijo de Aquitob, príncipe de la casa de Dios [6], 12 con sus hermanos empleados en los ministerios del templo, en todos ochocientos veintidós. Asimismo Adaía, hijo de Jeroham, hijo de Felelia, hijo de Amsi, hijo de Zacarías, hijo de Fesur, hijo de Melquías, 13 con sus her-

manos príncipes de familias, doscientos cuarenta y dos. Y Amasai, hijo de Azreel, hijo de Ahazi, hijo de Mosollamot, hijo de Emmer, [14] con sus hermanos, que eran muy poderosos, ciento veintiocho; y su caudillo Zabdiel, hijo de uno de los magnates [7].

[15] De los levitas: Semeía, hijo de Hasub, hijo de Azaricam, hijo de Hasabia, hijo de Boni. [16] Y Sabatai y Josabed, principales entre los levitas, y tenían la superintendencia de todas las obras exteriores de la casa de Dios. [17] Y Matanía, hijo de Mica, hijo de Zebedei, hijo de Asaf, primer cantor en los salmos e himnos en tiempo de la oración u oficio divino [8], y Becbecía, el segundo entre sus hermanos, y Abda, hijo de Samúa, hijo de Galal, hijo de Iditún; [18] todos los levitas en la ciudad santa eran en número de doscientos ochenta y cuatro.

[19] Los porteros Accub, Telmón, y sus hermanos, que guardaban las puertas, eran ciento setenta y dos. [20] El resto de los sacerdotes y levitas de Israel estaban esparcidos por todas las ciudades de Judá, cada cual en su posesión. [21] Y los natineos habitaban en Ofel; y Siaha y Gasfa eran cabezas de los natineos.

[22] Y el inspector o jefe de los levitas [9] en Jerusalén era Azzi, hijo de Bani, hijo de Hasabía, hijo de Matanías, hijo de Mica. Los cantores que servían en la casa de Dios, eran de la estirpe de Asaf; [23] porque había acerca de ellos un re-

glamento del rey David [10], y estaba fijado día por día el orden que debía observarse entre los cantores. [24] Y Fatatía, hijo de Mesezebel, del linaje de Zara, hijo de Judá, tenía del rey Artajerjes la autoridad [11] para arreglar todos los negocios del pueblo,

Las aldeas de Judá y de Benjamín

[25] y para todos los lugares donde se hallaban establecidos. De los hijos de Judá parte se establecieron en Cariatarbe y sus aldeas [12], y en Dibón y sus aldeas, y en Cabseel y su comarca; [26] y en Jesué, y en Molada, y en Betfalet, [27] y en Hasersual, y en Bersabee y sus aldeas, [28] y en Siceleg, y en Mocona y sus aldeas, [29] y en Remmón, y en Saraa, y en Jerimut, [30] en Zanoa, Odollam y sus aldeas; en Laquís y su territorio; y en Azeca y sus aldeas. Y se establecieron en Bersabee hasta el valle de Ennom [13].

[31] Mas los hijos de Benjamín se establecieron desde Geba, hasta Mecmas, y Hai, y Betel, y sus aldeas; [32] Anatot, Nob, Ananía, [33] Asor, Rama, Getaim, [34] Hadid, Seboim, y Neballat, Lod, [35] y Ono, valle de los artífices [14].

[36] Tenían también los levitas sus posesiones en Judá y en Benjamín.

¿Sabías que?

La «ciudad santa» de Nehemías (11,1.18) dejó huella en las monedas. Los siclos de plata que acuñaron los judíos sublevados contra Roma entre los años 66 y 70 d. C. llevan en una cara un cáliz con la inscripción «siclo de Israel», y en la otra tres granadas con las palabras «Jerusalén la santa», en la antigua escritura hebrea. Siglos después, el nombre árabe de la ciudad, al-Quds, sigue diciendo lo mismo: significa «la santa».

PAUSA

1. Los voluntarios dejaron su aldea para que la ciudad de Dios no quedara vacía. ¿Qué comodidad te pide Dios dejar para servir donde hace falta?
2. El pueblo bendijo a los que se ofrecieron. ¿A quién podrías agradecer hoy un servicio que sostiene a tu comunidad?
3. Detrás de cada nombre de esta lista hay una familia que respondió. ¿Cómo respondes tú cuando Dios te llama por tu nombre?

Para orar. *Señor, que habitas en medio de tu pueblo, dame un corazón dispuesto a ofrecerse de buena gana para edificar tu ciudad.*

12

Sacerdotes y levitas; la dedicación de la muralla

El capítulo tiene dos partes. Primero, listas: los sacerdotes y levitas que vinieron con Zorobabel y Josué (vv. 1-9), los sumos sacerdotes hasta Jeddoa (vv. 10-11), las familias sacerdotales en tiempo de Joacim (vv. 12-21), y levitas y porteros (vv. 22-26). Después, la gran fiesta, contada otra vez por Nehemías en primera persona: la dedicación de la muralla, con dos coros que la recorren en sentidos opuestos y se encuentran en el templo (vv. 27-43), y una nota sobre los almacenes (vv. 44-47). Las listas enlazan el culto del templo nuevo con el de David; la fiesta muestra para qué se levantó la muralla.

Sacerdotes y levitas, de Josué a Jeddoa

1 Estos son los sacerdotes y los levitas que vinieron con
Zorobabel [1], hijo de Salatiel, y con Josué: Saraía, Jere-
mías, Esdras, 2 Amaría, Melluc, Hattús, 3 Sebenías, Reum,
Merimut, 4 Addo, Gentón, Abía, 5 Miamín, Madía, Belga,
6 Semeía, Joyarib, Idaía, Sellum, Amoc, Helcías, 7 Idaía.
Estos son los príncipes de los sacerdotes o familias sacer-
dotales, que vinieron con sus hermanos en los días o sa-
cerdocio de Josué.

8 Los levitas fueron Jesua, Bennui, Cedmihel, Sarebía,
Judá, Matanías, que con sus hermanos cantaban y dirigían los himnos; 9 y Becbecía, y Hanni, con sus hermanos,
cada cual en su ministerio,

10 Josué, sumo sacerdote, engendró a Joacim [2], Joacim engendró a Eliasib, y Eliasib engendró a Joíada. 11 Joíada engendró a Jonatán, Jonatán engendró a Jeddoa o Jaddo.

12 Y en el tiempo de Joacim [3] los sacerdotes cabezas de las familias sacerdotales eran: De la de Saraías, Maraía; de la de Jeremías, Hananía; 13 de la de Esdras, Mosollam; de la de Amarías, Johanán; 14 de la de Milico o Melluc, Jonatán; de la de Sebenías, José; 15 de la de Haram, Edna; de la de Marayot, Helci; 16 de la de Adaía, Zacarías; de la de Gentón, Mosollam; 17 de la de Abía, Zecri; de la de Miamín y de Moadías, Felti; 18 de la de Belga, Sammúa; de la de Semaía, Jonatán; 19 de la de Joyarib, Matanai; de la de Jodaía, Azzi; 20 de la de Sellai, o Sellum, Celai; de la de Amoc, Heber; 21 de la de Helcías, Hasebía; de la de Idaía, Natanael.

22 En cuanto a los levitas, que vivieron en los tiempos de Eliasib, y de Joíada, y de Johanán, y de Jeddoa, fueron escritas las cabezas de aquellas familias levíticas como las de los sacerdotes en el reinado de Darío, rey de Persia [4].
23 Los hijos de Leví príncipes o cabezas de las familias, se hallaban también escritos en el Libro de los Anales hasta el tiempo de Jonatán, hijo de Eliasib. 24 Los príncipes, pues,

de los levitas eran Hasebía, Serebía y Josué, hijo de Cedmihel, con sus hermanos empleados en cantar himnos y salmos por sus turnos, conforme a la disposición de David, varón de Dios, observando igualmente el orden establecido [5]. 25 Matanía y Becbecía, Obedía, Mosollam, Telmón, Accub, eran guardas de las puertas y de los vestíbulos de delante de ellas. 26 Vivían éstos en tiempo de Joacim, hijo de Josué, hijo de Josedec; y en tiempo de Nehemías gobernador, y de Esdras sacerdote y escriba.

La dedicación de la muralla

27 Para la dedicación de los muros de Jerusalén [6] se buscaron por todos los lugares los levitas para hacerlos venir a Jerusalén a celebrar la dedicación y fiestas en acción de gracias con cánticos y címbalos, salterios y cítaras. 28 Se juntaron, pues, los cantores de la campiña de Jerusalén y de las aldeas de Netufati [7], 29 y de la casa de Galgal, y de los territorios de Geba, y Asmavet; pues los cantores se habían hecho granjas en la comarca de Jerusalén. 30 Se purificaron, pues, los sacerdotes y levitas [8], y purificaron después al pueblo, y las puertas y los muros.

31 Yo hice subir a los magnates de Judá sobre la muralla y formé también dos grandes coros de gente que cantaba [9]. Y se encaminaron a la derecha sobre el muro hacia la puerta llamada del Estercolero. 32 Y detrás iban Osaías y la mitad de los magnates de Judá, 33 y Azarías, Esdras, y

Mosollam [10], 34 Judas, y Benjamín, y Semeía, y Jeremías.
35 De los sacerdotes iban con sus trompetas [11] Zacarías,
hijo de Jonatán, hijo de Semeías, hijo de Matanías, hijo de
Micaías, hijo de Zecur, hijo de Asaf, 36 y sus hermanos Se-
meía, Azareel, Melalai, Galalai, Maai, Natanael, y Judas y
Hanani, con los instrumentos músicos de David, varón de
Dios [12]; y Esdras escriba, delante de ellos, hasta la puerta
de la Fuente. 37 Enfrente de éstos subieron los otros, por las
gradas de la ciudad de David o monte Sión [13], donde se
alza el muro sobre la casa de David, hasta la puerta de las
Aguas, al oriente.

38 Y de esta suerte el segundo coro de los que cantaban a
Dios acciones de gracias marchaba por la parte opuesta y
yo detrás de él con la otra mitad del pueblo, por encima de
la muralla y de la torre de los Hornos hasta la parte más
ancha del muro [14], 39 pasando por sobre la puerta de
Efraín, y sobre la puerta antigua, y sobre la puerta del Pes-
cado, y sobre la torre de Hananeel, y la torre de Emat, has-
ta la puerta del Ganado; y vinieron a parar sobre la puerta
de la Cárcel. 40 Y se juntaron los dos coros de cantores en la
casa de Dios, estando yo y la mitad de los magistrados con-
migo, 41 y los sacerdotes Eliaquim, Maasía, Miamín, Mi-
quea, Elioenai, Zacaría, Hananía con sus trompetas o cla-
rines, 42 y Maasía, y Semeía, y Eleazar, y Azzi, y Johanán, y
Melquía, y Elam, y Ezer. E hicieron resonar su voz los can-

tores, y Jezraía, su prefecto o maestro que dirigía el canto [15]. [43] Y se inmolaron aquel día grandes víctimas, y hubo gran regocijo, por el consuelo de que los colmaba Dios; se alegraron igualmente sus mujeres e hijos, y el alborozo de Jerusalén se oyó de lejos [16].

Los almacenes y las raciones

[44] Se escogieron también aquel mismo día de entre los sacerdotes y levitas algunos para cuidar las salas del tesoro [17], a fin de que por sus manos los magnates de la ciudad presentasen en honorífico tributo de acción de gracias las ofertas de los licores y de las primicias, y de los diezmos; porque el pueblo de Judá quedó sumamente satisfecho de los sacerdotes y levitas que asistieron a las funciones; [45] y éstos por su parte cumplieron exactamente con el culto de su Dios y con las ceremonias de la expiación; como también los cantores y porteros, conforme a lo prescrito por David y por su hijo Salomón. [46] Porque desde el principio, en tiempo de David y de Asaf, había establecido jefes de los cantores que entonaban himnos y alabanzas a Dios. [47] Y así en tiempo de Zorobabel y en el de Nehemías [18] todo Israel daba diariamente sus raciones a los cantores y porteros, y presentaba la oblación santa de los diezmos a los levitas, y éstos la presentaban también a los hijos de Aarón.

¿Sabías que?

El segundo libro de los Macabeos se abre con una carta de los judíos de Jerusalén a los de Egipto que los invita a celebrar la purificación del templo, el 25 de Casleu, y «el día del fuego» que se encendió cuando Nehemías ofreció el sacrificio (2 Mac 1,18). Antes del destierro, cuenta, unos sacerdotes escondieron el fuego del altar en un pozo seco; sus descendientes, enviados por Nehemías, solo hallaron un agua espesa; rociada sobre la leña y las víctimas, al salir el sol prendió una gran hoguera. El lugar se llamó Neftar, «purificación» (2 Mac 1,19-36): un nombre que hace pensar a muchos en la nafta.

La procesión sobre la muralla

Primer coro	Segundo coro
Sale «a la derecha», hacia el sur, en dirección a la puerta del Estercolero (12,31)	Sale «por la parte opuesta», hacia el norte (12,38)
Delante, Esdras escriba (12,36)	Detrás, Nehemías (12,38)
Le siguen Osaías y la mitad de los magnates de Judá, con Azarías, Esdras, Mosollam, Judas, Benjamín, Semeía y Jeremías (12,32-34)	Le sigue la otra mitad del pueblo (12,38)
Sacerdotes con trompetas, y Zacarías, de los hijos de Asaf (12,35)	Sacerdotes con trompetas o clarines: Eliaquim, Maasía, Miamín... (12,41)
Por la puerta de la Fuente y las gradas de la ciudad de David, sobre la casa de David (12,36-37)	Por la torre de los Hornos y el muro más ancho (12,38)
Hasta la puerta de las Aguas, al oriente (12,37)	Por las puertas de Efraín, Vieja y del Pescado, las torres de Hananeel y de Emat, la puerta del Ganado; se detiene en la de la Cárcel (12,39)
Los hermanos de Zacarías, Semeía, Azareel, Melalai..., «con los instrumentos músicos de David» (12,36)	Maasía, Semeía, Eleazar, Azzi...; los cantores, «y Jezraía, su prefecto» (12,42)
Llega a la casa de Dios (12,40)	Llega a la casa de Dios, «estando yo y la mitad de los magistrados conmigo» (12,40)

Probablemente los dos coros partieron del oeste, cerca de la puerta del Valle, y rodearon la ciudad hasta encontrarse en el templo, donde se ofrecieron sacrificios con una alegría «que se oyó de lejos» (12,43). Torres Amat, en nota, atribuye el v. 37 al segundo coro; aquí se sigue el hebreo. La «torre de Emat» es la «torre de cien codos» de 3,1, en hebreo «de los Cien». Ver el cuadro del capítulo 3.

Los sumos sacerdotes después del destierro

Nombre	En Nehemías	Otros datos
Josedec	12,26	Llevado al destierro por Nabucodonosor (1 Cr 5,41; 6,15 en Torres Amat)
Josué	12,1.7.10.26	Vuelve con Zorobabel hacia el 538 a. C. y levanta el altar (Esd 3,2; Ag 1,1; Zac 3)
Joacim	12,10.12.26	Bajo él se registran las familias de los sacerdotes (12,12-21)
Eliasib	3,1; 12,10.22; 13,28	Reconstruye la puerta del Ganado; quizá aloja a Tobías en el templo (13,4-7)
Joíada	12,10-11.22	Un hijo suyo, yerno de Sanbalat, es expulsado (13,28)
Johanán	12,11.22-23	El Jonatán del v. 11; «Johanán, el sumo sacerdote», en una carta de Elefantina (407 a. C.)
Jeddoa	12,11.22	Jadúa; según Josefo, recibe a Alejandro Magno (332 a. C.)
Onías I	—	Hijo de Jadúa, según Josefo: empieza la época griega

Continúa el cuadro «Los sumos sacerdotes, de Aarón al destierro», en 1 Crónicas 6. Josefo cuenta la historia de Johanán, Jadúa y Onías en *Antigüedades judías* XI,7-8. Seis nombres para unos dos siglos: algunos piensan que la lista omite generaciones.

PARA PROFUNDIZAR

La dedicación de la muralla: una ciudad que canta

Nehemías terminó la muralla en cincuenta y dos días (6,15), pero no la inauguró con un desfile ni con una inscripción en su honor, como solían los reyes del antiguo Oriente, sino con una liturgia.

Mandó buscar a los levitas en sus aldeas (12,27-29), hizo purificar a los sacerdotes, al pueblo, las puertas y los muros (12,30) y subió a los jefes de Judá a lo alto de la muralla. Allí formó dos grandes coros, que el hebreo llama todot, «acciones de gracias». Uno salió hacia el sur, con Esdras el escriba al frente; el otro hacia el norte, con Nehemías detrás. Dieron la vuelta a la ciudad en sentidos opuestos, con trompetas, címbalos, salterios y cítaras, y se encontraron en la casa de Dios, donde se ofrecieron sacrificios y «el alborozo de Jerusalén se oyó de lejos» (12,43). La obra de piedra termina en canto.

La muralla se había levantado entre burlas y amenazas, con una mano en la obra y la otra en la espada (4,17); ahora el muro de la defensa se convierte en camino de procesión. La palabra de la fiesta, janukká, «dedicación», es la del altar y del templo, y dará nombre siglos después a la fiesta de Janucá (ver nota a 12,27). Dedicar la muralla es reconocer que también la ciudad, con sus casas, sus mercados y sus puertas, pertenece a Dios. El salmo lo había pedido: «Dad la vuelta a Sion, recorred su contorno, contad sus torres..., para contarlo a la generación venidera» (Sal 48,13-14), e Isaías había prometido más: «Llamarás a tus muros Salvación, y a tus puertas Alabanza» (Is 60,18).

Los cantores no improvisan: tocan «los instrumentos músicos de David, varón de Dios» (12,36) y cantan «conforme a la disposición de David» (12,24.45-46). Las listas que preceden a la fiesta, áridas para el lector moderno, tienen esa función: mostrar que el culto del templo nuevo es el de David y Asaf, con sus familias de cantores y porteros, sus turnos y sus raciones (ver en 1 Crónicas 15 el ensayo «Cantores y músicos del Señor»). Torres Amat llama a esa

alabanza «oración u oficio divino» (11,17), el nombre de la oración de la Iglesia, y el Catecismo recuerda que el canto de los salmos, a menudo con instrumentos, estaba ya unido a las celebraciones de la antigua alianza, y que la Iglesia continúa esa tradición (n. 1156).

La alegría de aquel día es de todos: el v. 43 repite cinco veces en hebreo la raíz de la alegría y nombra a las mujeres y a los niños. En los cimientos del templo la alegría se mezclaba con el llanto (Esd 3,12-13), y en la lectura de la Ley el pueblo había llorado (8,9); ahora solo se oye alegría, y se oye «de lejos»: los vecinos que se burlaban de la muralla (4,1-3) oyen cantar sobre ella. Y Nehemías no se la atribuye: «Dios los había alegrado con gran alegría».

La Iglesia conoce bien este lenguaje del pueblo que camina cantando. A fines del siglo IV, la peregrina Egeria describió en Jerusalén la procesión del Domingo de Ramos, que bajaba del monte de los Olivos a la ciudad con ramos en las manos, respondiendo: «Bendito el que viene en nombre del Señor». En la dedicación de una iglesia, el pueblo entra en procesión y se asperjan los muros (ver 1 Re 8), y el oficio de la dedicación canta desde la alta Edad Media el himno «Urbs Ierusalem beata»: «Jerusalén, ciudad dichosa, visión de paz, que se edifica en el cielo con piedras vivas». Las iglesias visibles son «imágenes de la Ciudad Santa, la Jerusalén celestial hacia la cual caminamos como peregrinos» (Catecismo, n. 1198).

Pero la muralla de Nehemías no era la última palabra. Zacarías había anunciado una Jerusalén «sin murallas», con el Señor

como «muralla de fuego» a su alrededor (Zac 2,8-9), y la Carta a los Hebreos dice a los cristianos que se han acercado «al monte Sion, ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial», a la asamblea en fiesta de los ángeles (Heb 12,22-23). El Apocalipsis ve su muralla con doce puertas que nunca se cierran (Ap 21,12-25). La procesión de Nehemías, que rodea la ciudad cantando hasta la casa de Dios, es una imagen de la vida cristiana: caminar juntos, cada uno en su coro, hacia el mismo encuentro.

PAUSA

1. Nehemías inauguró la muralla con un canto, y no con un monumento a sí mismo. ¿A quién das gracias cuando terminas una obra importante?
2. Dos coros, por caminos opuestos, llegaron al mismo templo. ¿Con quién, distinto de ti, caminas hacia el mismo Dios?
3. «Dios los había alegrado con gran alegría.» ¿Qué alegría reciente de tu vida reconoces como don suyo?

Para orar. *Señor, que mis muros y mis trabajos se conviertan en camino de alabanza hasta tu casa.*

13

La segunda misión: el templo, el sábado y los matrimonios

El libro termina con la segunda misión de Nehemías. Tras oír en la Ley que amonitas y moabitas no deben entrar en la asamblea de Dios, el pueblo se separa de los extranjeros (vv. 1-3). Nehemías, de vuelta de la corte persa, corrige cuatro abusos: el amonita Tobías alojado en una cámara del templo (vv. 4-9), los levitas sin sus porciones (vv. 10-14), el sábado convertido en día de mercado (vv. 15-22) y los matrimonios con mujeres de Azoto, Amón y Moab (vv. 23-31). Casi todo lo firmado en el capítulo 10 se había incumplido. Cuatro veces el relato se interrumpe con una oración: «Acuérdate de mí, Dios mío».

La Ley leída y la cámara de Tobías

1 Por aquel tiempo se hacía en presencia del pueblo la lectura del libro de la ley de Moisés; y se halló escrito en él
que ningún amonita, ni moabita [1] debe jamás entrar en la
congregación del pueblo de Dios, 2 por cuanto no socorrieron a los hijos de Israel con pan y agua; antes bien sobornaron con dinero contra ellos a Balaam [2] para que los
maldijera; aunque nuestro Dios convirtió la maldición en
bendición. 3 Así que hubieron oído la ley, separaron del
pueblo de Israel a todo extranjero [3].

4 Estaba esto al cuidado del sacerdote Eliasib, el cual tenía
la superintendencia del tesoro de la casa de nuestro Dios; y
había emparentado con Tobías, amonita [4]; 5 y construyó
para sí una gran habitación [5], allí donde antes se guarda-
ban las ofrendas, y el incienso, y los vasos, y los diezmos
del trigo, del vino y del aceite, que eran las porciones de
los levitas, y de los cantores y porteros, y las primicias sa-
cerdotales. 6 Durante este tiempo yo no estaba ya en Jeru-
salén; porque el año treinta y dos de Artajerjes, rey de
Babilonia [6], volví al rey desde Jerusalén; y al fin del año
pedí licencia al rey. 7 Vine, pues, a Jerusalén, y entendí lo
mal que había obrado Eliasib por amor de Tobías, hacién-
dole una habitación en los atrios del templo de Dios. 8 Lo
cual me disgustó sobremanera; y arrojé los muebles de la
casa de Tobías [7] fuera de aquella estancia, 9 y mandé puri-
ficar las piezas o salas, y volví a llevar allí los vasos de la
casa de Dios, las ofrendas y el incienso.

Las porciones de los levitas

10 Supe también que no se habían dado a los levitas sus
porciones, y que por eso los levitas, así los cantores como
los demás que servían en el templo, se habían retirado
cada cual a su país [8]. 11 De lo cual me querellé contra los
magistrados, diciendo: ¿Por qué hemos abandonado el
templo de Dios? [9] Convoqué después a los levitas, e hice
que cada cual volviese a su destino. 12 Y todo Judá traía el

diezmo del trigo, del vino y del aceite, a las trojes; [13] cuya superintendencia dimos a Selemías sacerdote, y a Sadoc escriba, y a Fadaías, del número de los levitas; y por su ayudante a Hanán, hijo de Zacur, hijo de Matanías; por cuanto se tenían experimentados por fieles [10], y por lo mismo se confió a éstos repartir las porciones entre sus hermanos. [14] Acuérdate por esto de mí, oh Dios mío, y no borres de tu memoria el bien que yo hice [11] en la casa de mi Dios, y por su culto.

El sábado

[15] En aquellos días observé en Judá algunos que pisaban uva en los lagares el día sábado [12], y que en este día traían también haces de leña, y cargaban sobre asnos vino, uvas, higos y toda suerte de cosas, y lo entraban en Jerusalén. Y les mandé expresamente que vendiesen solamente en los días en que era lícito vender. [16] Habitaban asimismo en la ciudad gentes de Tiro, que introducían pescado [13] y todo género de mercancías, y las vendían en sábado a los hijos de Judá en Jerusalén. [17] Por lo que reprendí a los magnates de Judá, y les dije: ¿Cómo hacéis una maldad como ésta, profanando el día de sábado? [18] ¿No hicieron esto mismo nuestros padres [14], y nuestro Dios descargó sobre nosotros y sobre esta ciudad todas estas calamidades? ¿Y ahora vosotros provocáis más la ira contra Israel, violando el sábado?

19 Sucedió, pues, que al comenzar el sábado, cuando al anochecer quedaron como en reposo las puertas [15] de Jerusalén, di la orden, y quedaron éstas cerradas y mandé que no se abriesen hasta después del sábado, y puse de guardia en ellas algunos de mis criados, a fin de que nadie entrase cargas en día de sábado. 20 Y los negociantes y vendedores de toda especie, se quedaron fuera de Jerusalén por una y dos veces. 21 Pero yo les amenacé, y dije: ¿Por qué os quedáis así delante de las murallas? Si otra vez lo hiciereis, enviaré gente a prenderos. Con esto desde entonces no volvieron más en sábado. 22 Dije también a los levitas que se purificasen, y viniesen a guardar las puertas y santificasen o celasen el día del sábado. También por esto acuérdate de mí, oh Dios mío, y perdóname según tu gran misericordia [16].

Los matrimonios con extranjeras

23 Vi asimismo en aquellos días a algunos judíos casados con mujeres de Azoto, de Amón, y de Moab [17]; 24 y así sus hijos hablaban medio azoto, y no sabían hablar judío [18], sino que hablaban un lenguaje mixto de ambos pueblos. 25 Por tanto los reprendí, y los maldije [19]. E hice azotar algunos de ellos, y mesarles los cabellos, y que jurasen por Dios que no darían sus hijas a los hijos de los tales, ni tomarían de las hijas de ellos para sus hijos ni para sí mismos. Y dije: 26 ¿No pecó en esto mismo Salomón, rey de Israel? Y ciertamente que entre las muchas naciones no ha-

bía rey semejante a él; y era el querido de su Dios [20], y Dios le constituyó rey sobre todo Israel; pues aun a éste le arrastraron al pecado las mujeres extranjeras. [27] ¿Conque nosotros también desobedientes cometeremos esa gran maldad de prevaricar contra nuestro Dios, tomando mujeres extranjeras?

[28] Uno de los hijos de Joíada, hijo de Eliasib, sumo sacerdote, era yerno de Sanaballat horonita [21], por cuyo motivo lo aparté lejos de mí. [29] Acuérdate, Señor Dios mío, de castigar los que profanan el sacerdocio, violando el derecho sacerdotal y levítico [22].

[30] Los purifiqué, pues, o separé de todas las mujeres extranjeras [23], y restablecí las clases de los sacerdotes y levitas, cada cual en su ministerio; [31] y para que cuidasen de la ofrenda de la leña [24] y de las primicias en los tiempos señalados. Acuérdate de mí, oh Dios mío, para mi consuelo [25]. Amén.

¿Sabías que?

Malaquías, el último de los doce profetas menores, predicó probablemente en los mismos años de Nehemías, o poco antes, y denuncia los mismos males: sacerdotes que desprecian el altar y corrompen «la alianza de Leví» (Mal 1,6–2,9), maridos que rompen la fidelidad a «la mujer de tu juventud» y se casan con «la hija de un dios extranjero» (2,10-16), y un pueblo que defrauda a Dios en los diezmos (3,8-10). Su nombre significa «mi mensajero» (3,1). Y responde a la oración de Nehemías: delante de Dios se escribe «un libro de memoria» para los que lo temen (3,16).

Las oraciones breves de Nehemías

Cuándo	Oración
2,4 · Ante el rey	«Encomendándome al Dios del cielo…»
4,4-5 · Contra los que se burlan	«Oh Dios nuestro, oye cómo se mofan de nosotros…»
4,9 · Ante la amenaza	«Nosotros nos encomendamos a nuestro Dios, y pusimos… centinelas»
5,19 · Tras renunciar a su salario	«Acuérdate de mí, oh Dios mío, para hacerme bien»
6,9 · Contra el miedo	«Cobré más aliento»; en hebreo, «Fortalece mis manos»
6,14 · Contra los falsos profetas	«Acuérdate de mí, Señor, considerando semejantes trampas…»
13,14 · Por los diezmos	«No borres de tu memoria el bien que yo hice…»
13,22 · Por el sábado	«Perdóname según tu gran misericordia»
13,29 · Contra los que mancharon el sacerdocio	«Acuérdate, Señor Dios mío, de castigar…»
13,31 · Al final del libro	«Acuérdate de mí, oh Dios mío, para mi consuelo»

La larga oración de 1,5-11 (Catecismo, n. 2585) no está aquí. El Talmud opuso este «acuérdate de mí» al del salmo (Sal 106,4; 105,4 en Torres Amat): David pedía misericordia; Nehemías parecía reclamar lo suyo (*Sanedrín* 93b). En la cruz, un malhechor rezará: «Jesús, acuérdate de mí» (Lc 23,42).

PARA PROFUNDIZAR

«Acuérdate de mí, Dios mío»: las reformas de Nehemías

Nehemías había gobernado Judá doce años. En el 433 a. C. volvió a la corte persa, y cuando regresó, tiempo después, encontró deshecho buena parte de lo conseguido (ver nota a 13,6). El capítulo 13 enumera cuatro abusos, y cada uno contradice un compromiso firmado en el capítulo 10: Tobías el amonita vivía en una cámara del templo por concesión del sacerdote Eliasib; los levitas no recibían sus porciones y habían vuelto a sus campos; el sábado se había convertido en día de mercado, y algunos judíos se habían casado con mujeres de Azoto, de Amón y de Moab (cf. 10,30-39). La alianza se firma en un día; la fidelidad se juega en los años.

Nehemías reacciona como un hombre de acción. Arroja a la calle los muebles de Tobías, como Jesús echará del templo a los vendedores (ver nota a 13,8). Reprende a los magistrados con las palabras que ellos mismos habían firmado: «¿Por qué hemos abandonado el templo de Dios?» (13,11), y confía el reparto de los diezmos a hombres «fieles». El profeta Malaquías denunciaba en la misma época a los sacerdotes negligentes y al pueblo que defraudaba a Dios en los diezmos (ver el recuadro de este capítulo).

El sábado ocupa el centro del capítulo. Nehemías cierra las puertas desde la tarde del viernes, pone guardias, amenaza a los mercaderes que esperan fuera y encarga a los levitas «santificar» el día. Parece un reglamento de policía, pero el Catecismo ve en este pasaje el sentido profundo del sábado: «un día de protesta

contra las servidumbres del trabajo y el culto al dinero» (n. 2172). Un día en que no se compra ni se vende recuerda que el hombre no es una mercancía y que el tiempo es de Dios. Los cristianos viven esa verdad en el domingo, que ha de dejar tiempo para Dios, para la familia y para los pobres (nn. 2184-2186).

La última reforma es la más dura. Nehemías maldice, hace azotar y arranca el cabello a algunos de los que se habían casado con extranjeras, les hace jurar que no darán sus hijas a extranjeros ni tomarán las de ellos, y echa de su lado a un nieto del sumo sacerdote, yerno de Sanaballat (13,25-28). Hay que decirlo sin rodeos: son gestos violentos, y no un modelo. Hay que decir también lo que el texto no dice: a diferencia de Esd 10, no cuenta que se despidiera a las esposas (ver notas a 13,25 y 13,30). Y hay que entender el temor que lo mueve: una provincia diminuta, rodeada de vecinos más fuertes y ligados por matrimonio a las familias principales; niños que ya no sabían la lengua en que se leía la Ley; el recuerdo de Salomón. La razón de la Ley era religiosa, no racial (Dt 7,3-4). La Comisión Bíblica reconoce que Esdras y Nehemías «habían hecho posible que se mantuviera la identidad judía», y que el libro de Rut, en cambio, «reacciona contra la prohibición de los matrimonios mixtos»: la Biblia conserva las dos voces (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 110). La Comisión Teológica Internacional recuerda, a propósito de Esd 9–10, «todas las consecuencias negativas» del repudio para las mujeres (Memoria y reconciliación, 1999, nota 36), y Benedicto XVI pide leer estas páginas «oscuras» con su clave completa: «el Evangelio y el mandamiento nuevo de Jesucristo, cumplido en el misterio pascual» (Verbum Domini, n. 42), dentro de la «divina pedago-

gía» de un Antiguo Testamento con «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122). Cristo derribó «el muro de separación» (Ef 2,14), y en su genealogía están Tamar, Rahab y Rut la moabita (Mt 1,3-5); Pablo pide al cristiano casado con una persona no creyente que no la despida (1 Cor 7,12-14; Catecismo, n. 1637). Ver Esd 9–10 y, en Rut, el ensayo «"Tu pueblo es mi pueblo"».

El hilo del capítulo es una oración: «Acuérdate de mí, Dios mío» (13,14.22.29.31; cf. 5,19; 6,14). El Talmud la juzgó con severidad: David pedía misericordia; Nehemías parecía reclamar lo que se le debía (Sanedrín 93b). Pero el mismo Nehemías ruega: «perdóname según tu gran misericordia» (13,22), y el Eclesiástico dice que su memoria es grande (Eclo 49,13). El libro no termina con un triunfo, sino con una súplica. En la cruz, un malhechor dirá la misma oración y oirá la respuesta: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,42-43). Ser recordado por Dios es la única memoria que no se pierde.

PAUSA

1. Nehemías encontró incumplido lo que el pueblo había firmado. ¿Qué compromiso tuyo con Dios necesita hoy ser renovado?
2. El sábado era «un día de protesta contra el culto al dinero». ¿Qué lugar dejas a Dios, a tu familia y a los pobres en tu domingo?
3. Nehemías, que corregía a todos, pidió: «perdóname según tu gran misericordia». ¿Te reconoces necesitado de perdón cuando corriges a otros?

Para orar. *Acuérdate de mí, Dios mío, no por mis obras, sino según la grandeza de tu misericordia.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿Qué cargo tenía Nehemías en la corte del rey de Persia? 1
2. ¿Qué noticias de Jerusalén recibió Nehemías en Susa? 2
3. ¿Cómo se incluye Nehemías en la confesión de los pecados del pueblo? 3
4. ¿Qué hizo Nehemías entre la pregunta del rey y su respuesta? 4
5. ¿Para qué pidió Nehemías una carta para Asaf, guarda de los bosques del rey? 5
6. ¿De qué acusaron Sanaballat, Tobías y Gosem a los judíos cuando supieron que iban a reedificar la muralla? 6

Capítulos 3 a 4

1. ¿Quién fue el primero en ponerse a reconstruir la muralla, y qué puerta reedificó? 1
2. ¿Qué se dice de los magnates de Tecua? 2
3. ¿Quién reconstruyó su parte de la muralla con sus hijas? 3
4. ¿Qué dijo Tobías amonita para burlarse de la muralla? 4
5. ¿Qué hicieron Nehemías y los suyos cuando supieron que los enemigos se coligaban contra Jerusalén? 5
6. ¿Cómo trabajaban los que reconstruían el muro? 6

Capítulos 5 a 6

1. ¿Por qué empeñaban sus campos y viñas algunos judíos? 1
2. ¿Qué gesto hizo Nehemías para sellar el juramento de los acreedores? 2
3. ¿Cuántos años gobernó Nehemías sin recibir los alimentos debidos al gobernador? 3
4. ¿Cuántas personas comían a la mesa de Nehemías? 4

5. ¿Qué respondió Nehemías a las invitaciones de Sanaballat y Gosem? 5

6. ¿Por qué no quiso Nehemías encerrarse en el templo, como le aconsejaba Semeías? 6

7. ¿Cuándo se acabó la muralla, y en cuántos días? 7

Capítulo 7

1. ¿A quiénes encargó Nehemías el gobierno de Jerusalén? 1

2. ¿Qué encontró Nehemías cuando quiso hacer el censo del pueblo? 2

3. ¿Por qué fueron excluidos del sacerdocio los hijos de Había, de Acós y de Berzellai? 3

4. ¿Cuántos eran los que volvieron, sin contar siervos y siervas? 4

Capítulo 8

1. ¿Desde dónde leyó Esdras la ley, y cuánto duró la lectura? 1

2. ¿Qué hizo el pueblo cuando Esdras abrió el libro y bendijo al Señor? 2

3. ¿Por qué dijeron Nehemías, Esdras y los levitas al pueblo que no llorara? [3]

4. ¿Qué descubrieron al estudiar la ley el segundo día? [4]

Capítulos 9 a 10

1. ¿Cuándo se reunió el pueblo para ayunar y confesar sus pecados? [1]

2. ¿Qué hizo Dios cuando los padres se forjaron un becerro de fundición? [2]

3. ¿Con qué decisión termina la oración? [3]

4. ¿Quién firmó el primero la alianza? [4]

5. ¿Qué prometieron sobre el sábado? [5]

6. ¿Con cuánto se comprometieron a contribuir cada año para los gastos del templo? [6]

Capítulos 11 a 12

1. ¿Cómo se decidió quiénes irían a vivir a Jerusalén? [1]

2. ¿Cuántos levitas vivían en la ciudad santa? [2]

3. ¿Quién era el primer cantor en tiempo de la oración? [3]

4. ¿Quién sucedió a Josué en la lista de los sumos sacerdotes, y quién es el último que nombra? 4

5. ¿Cuántos coros formó Nehemías para la dedicación de la muralla, y dónde se juntaron? 5

6. ¿Quién iba delante del primer coro? 6

7. ¿Quiénes se alegraron en la dedicación, según el texto? 7

Capítulo 13

1. ¿Qué hizo Nehemías con los muebles de Tobías? 1

2. ¿Por qué se habían retirado los levitas a su tierra? 2

3. ¿Qué hizo Nehemías para que no entraran cargas en Jerusalén en sábado? 3

4. ¿Qué ejemplo puso Nehemías contra los matrimonios con mujeres extranjeras? 4

5. ¿Con qué palabras termina el libro? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas palabras y cifras perdidas o mal leídas, cotejadas con la edición de 1824; con ella se han recuperado, entre otros, los «cantores y cantoras» de 7,67, el levita Jamín de 8,7 y el Dios «de larga espera» de 9,17, y se han corregido los «nuestros» hermanos de 5,8, que eran «vuestros», y el «templo» de Joacim de 12,12, que era su «tiempo»). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

En la Vulgata y en Torres Amat este libro se titula «Libro de Nehemías, llamado comúnmente II de Esdras», porque la Biblia hebrea y los primeros siglos cristianos leían Esdras y Nehemías como un solo libro; esta edición lo llama Nehemías, de modo que el «segundo de Esdras» de Torres Amat, de los Padres y de los libros antiguos es nuestro Nehemías, y su «primero de Esdras» es nuestro Es-

dras (el tercero y el cuarto de Esdras que la Vulgata Clementina imprime en un apéndice son otros libros). Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la edición de 1824, salvo en dos lugares en que la transcripción digital divide como el hebreo: 3,30-31 de esta edición son el 3,30 de la Vulgata, y 3,32 es su 3,31; 12,33-34 son su 12,33, y 12,35-47 son su 12,34-46. El texto hebreo, y con él la Neovulgata, el Leccionario y muchas Biblias actuales, numera de otro modo: 4,1-6 de esta edición es allí 3,33-38, y 4,7-23 es 4,1-17; en el capítulo 7, 7,43-44 es 7,43, 7,45-47 es 7,44-46 y 7,48 es 7,47-48; 9,38 es 10,1, y 10,1-39 es 10,2-40. Al final del capítulo 7 la Neovulgata no sigue al hebreo: la mayoría de los manuscritos hebreos no tienen los caballos y los mulos de 7,68, de modo que en el texto masorético 7,69 es 7,68 y 7,70-73 es 7,69-72; la Neovulgata, en cambio, conserva 7,68 y numera 7,49-72 como esta edición, pero incluye en su 7,72 nuestro 7,73 y el comienzo de 8,1 («Era ya llegado el mes séptimo»), que también en el hebreo cierra el capítulo 7. La frase «Hasta aquí se ha referido lo que se hallaba escrito en el Libro del Censo; de aquí en adelante sigue la historia de Nehemías», al final de 7,69, no está en el hebreo ni en el griego: es una nota del traductor latino que la edición de 1824 imprime aparte, en versalitas, y que aquí queda dentro del versículo. No falta ningún versículo, pero la transcripción había perdido o leído mal palabras y cifras, por ejemplo en 5,8, 7,40, 7,42, 7,67, 8,7, 9,17, 9,34 y 12,12; se han restituido según la edición de 1824. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás (el Salmo 19, que responde a la lectura de Nehemías 8 en la misa, es en su Biblia el 18).

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.